

LOU CARRIGAN

LA POBRECITA SEÑORA FAITH


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LA POBRECITA SEÑORA FAITH

Colección LA HUELLA n.° 131
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 11.888 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: mayo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El coche se detuvo delante de las verjas que protegían la entrada a la majestuosa y sensacional mansión de blancas columnas y rodeada de jardín, y el hombre que iba al volante se volvió hacia los dos que ocupaban el asiento de atrás, agitando una mano y emitiendo un silbidito de admiración.

—¡Fiuu…! Parece una de esas quintas de lujo que tienen las actrices en Beverly Hills, señor, ¿no le parece?

El hombre de más edad se encogió de hombros. El que estaba a su lado, un sujeto de hombros anchos, cabellos rebeldes y cara de pocos amigos, se limitó a comentar:

—Yo no viviría en un lugar así, Pernell.

—¿Ha oído esto, señor? —Se pasmó Pernell Spencer—. El gran Oliver no viviría en un lugar así… ¿Puede saberse por qué, tío listo?

—Porque no podría pagarlo —replicó Oliver Molloy.

Spencer abrió la boca. Luego, frunció el ceño. Por fin refunfuñó:

—Eres muy gracioso. Pero, bromas aparte, daría cualquier cosa por ser el propietario de esta quinta: grande, blanca, siempre como nueva, con muchos criados, en plena Miami Beach, con piscina, pistas de tenis, gimnasio propio… Bueno, no creo que a nadie le disguste ser millonario, en mi opinión…

—Ahí viene el «poli» —señaló Oliver Molloy.

Ciertamente. El policía de uniforme que habían visto al otro lado de las verjas, las había abierto, y caminaba hacia ellos. Se acercó a la ventanilla del conductor, pero éste, sin darle tiempo a hablar, señaló con el pulgar hacia atrás. Allí, el hombre de más edad, acababa de bajar el cristal de la ventanilla y sacaba algo, para que el policía pudiera verlo bien.

Pero, además, dijo:

—Inspector Gordon, de la División de Narcóticos. El capitán Tomasson, del Police Department, me ha citado aquí con urgencia.

El policía desvió la mirada de la placa y la tarjeta que contenía el estuche de piel, asintiendo con la cabeza.

—Sí, señor. Por favor, sigan hasta la casa.

—Gracias.

Las verjas fueron abiertas del todo por el policía y el coche siguió su marcha hacia la casa, por el sendero de tierra batida, entre flores y palmeras. Desde luego, envidiar aquella mansión era propio de personas equilibradas y con sentido común.

—En mi opinión —siguió Pernell Spencer— eso de ser millonario es algo así como una enfermedad que a todos nos gustaría padecer. ¿No crees, Oli?

—No sé. Yo prefiero estar sano.

—Pues yo preferiría estar podrido, podridito de dólares. Todo eso de que los millonarios tienen preocupaciones, me da risa.

—¿Crees que no las tienen?

—Hombre, sí… Como todo el mundo. Pero, mira mis preocupaciones, por ejemplo, consisten en cómo ahorrar lo suficiente para comprarme aquella lancha que fuimos a ver el otro día, para irme a pescar o a retozar por los cayos los fines de semana que tenga libres. ¿No es eso? Bueno, pues la preocupación de un millonario consiste en buscar un pretexto que convenza al Fisco, de que el yate que acaba de comprarse no vale nada, que es una barquita, que eso no significa que los asuntos le vayan bien… Entre un llanto y otro, prefiero el del millonario.

—Éste se ha levantado hoy lleno de filosofía —sonrió Cliver Molloy—. ¿Qué libro estás leyendo?

—Uno muy interesante. Trata de un vagabundo que…

Estaban ya delante de la casa, así que tuvo que frenar. Y la conversación quedó interrumpida aquí. Dos policías más, de uniforme, y un detective, de paisano, se acercaron a los tres procedentes de los coches policiales estacionados un poco más allá. El inspector Gordon hizo ademán de volver a sacar su placa, pero el policía de paisano lo detuvo con un gesto.

—Buenos días, señor. No se moleste. Le conozco a usted… El capitán Tomasson le está esperando. Le llevaré con él.

—Muy amable. ¿Puedo saber qué ocurre? Encontré una nota en

mi despacho pidiéndome que viniera, pero ninguna explicación…

—Han asesinado a la propietaria de la casa, señor.

Oliver miró de reojo a Pernell Spencer, que se había atragantado.

—¿Decías que te gustaría ser el dueño de esto, Pernell? Pues estarías muerto.

—Pero que muy gracioso —masculló Spencer.

—¿Cuándo han descubierto el cadáver? —preguntaba Gordon.

—Esta mañana, muy temprano… Hacia las ocho. La doncella de la señora Faith le lleva a esa hora, cada mañana, un jugo de naranja y unas tostadas. Luego, la señora Faith continúa durmiendo hasta las diez y media o las once.

—¿La víctima se llama Faith?

—Mary Faith, señor. Una mujer riquísima.

—Eso ya no importa —murmuró Gordon—. ¿Ha venido el forense de ustedes?

—No, señor. Es decir, sí vino pero el capitán Tomasson le dijo que podía marcharse que el caso era de ustedes, y que era mejor dejarles las cosas tal como están.

—¿Por qué es nuestro el caso? —preguntó Oliver.

—Bueno, es que en la mesita de noche había una jeringuilla que al parecer ha contenido morfina. Y claro, al intervenir narcóticos el capitán Tomasson pensó…

—¿Ha muerto por una dosis excesiva, quizá?

—Pues… no exactamente, señor.

—¿Qué quiere decir no exactamente?

—A simple vista, no podemos saber si la morfina ha tenido algo que ver con su fallecimiento, pero… Vaya, lo que sí es indudable es que cinco balazos matan a cualquiera.

—¿La han asesinado a balazos? —exclamó Spencer.

—Así es. Subamos —señaló la blanca escalinata—. Su dormitorio está arriba, claro. Y ahí veo al capitán esperándoles.

En efecto, al final de la escalinata esperaba el capitán Bill Tomasson, del PD, mirando muy atentamente a los tres hombres de la División de Narcóticos, que seguían al detective escaleras arriba. Pernell Spencer iba mirando hacia abajo, hacia el gran vestíbulo de brillante piso, la gran araña de cristal que pendía en el centro del techo, los numerosos detalles de lujo, de elegancia, de confort, que

se veían en toda la enorme casa. Todo impresionante. Y por un gran ventanal del vestíbulo, hacia el fondo, se veía el mar.

—¿Qué tal, Tomasson?

—Hola, Gordon. ¿Sabes ya lo de la morfina?

—Me lo acaba de decir tu agente.

—He pensado que el asunto puede tener, derivaciones importantes, así que preferí llamarte. De todos modos, si queréis que nosotros sigamos con esto, lo haremos. La cuestión de las drogas en Miami afecta a todos los departamentos y…

—Tomaremos el caso. ¿Podemos ver a la víctima?

Tomasson señaló hacia la puerta, delante de la cual estaba otro de sus hombres, y también otro policía de uniforme. La puerta estaba abierta y Gordon aceptó el gesto de Tomasson para entrar en primer lugar. Naturalmente, el dormitorio correspondía en todo a la magnífica casa: amplio, decorado con refinamiento casi excesivo, con muchos espejos, cuadros, alfombras de vivos colores, objetos de adorno carísimos… El ventanal, que daba a una amplia terraza, era muy amplio y la luz del sol entraba con cegadora abundancia.

Así que pudieron ver el cadáver de Mary Faith.

Estaba hacia la derecha de la gran cama, sin duda construida fuera de serie, pues sus medidas eran casi el doble de las camas corrientes de matrimonio. Producía quizá por eso un extraño efecto, desconcertante y molesto, de gran catafalco adornado con sábanas color rosa, una ligera colcha de plumas y en la cabecera, pinturas representando ninfas y faunos.

—Qué horror —susurró Spencer.

Se refería a la cama, a las pinturas de las ninfas, desde luego. Pero, la imagen de la señora Faith también resultaba horrible; estaba retorcida de un modo extraño, grotesco, tétrico, caída de lado sobre las sábanas de color rosa, que mostraban abundantes manchas más oscuras no sólo donde yacía la mujer sino en varios sitios más, hacia el otro lado de la cama, hacia el centro… Oliver Molloy tuvo una impresión muy personal debido a la profusión con que la sangre había salpicado alrededor de la difunta:

«Parece que haya llovido sangre», pensó.

Mary Faith tenía los ojos abiertos. Muy abiertos. Había en su boca una mueca de ira. Sí, ira, o cólera. No de miedo, ni de asombro, o espanto… No. La expresión era de cólera.

Llevaba un camisón casi transparente, por supuesto muy caro y elegante, de lo mejor. Por un lado le salía un seno, desagradablemente blanco, seco, en verdad muy poco sugestivo. Su edad podría oscilar entre sesenta y setenta años, pero se cuidaba mucho, cosa fácil de ver por los ricitos en sus grises cabellos, el olor a loción hidratante, las uñas bien manicuradas pintadas de rojo intenso. Desde luego, no había sido guapa, y además, su nariz era un poco ganchuda y grande. Se podía pensar que no era fácil enamorarse de una mujer así.

—¿Habéis movido el cadáver? —preguntó Gordon.

Tomasson lo miró y frunció el ceño. Gordon sonrió, como disculpándose. Luego, se acercó a la mesita de noche donde estaba la jeringuilla, sobre una bandejita metálica que era la tapa de la cajita-estuche que también se veía sobre la mesita. Con dos dedos Gordon tomó la muñeca izquierda de Mary Faith, para alzar el brazo con el cuidado necesario para que la posición del cadáver no se alterase. En efecto; allá estaba el último pinchazo, en la cara interna del codo.

—Tenía malas aficiones —susurró Spencer.

—Todavía no sabemos si esa dosis se la puso ella misma, Pernell —susurró también Oliver.

Gordon miró aprobativamente a Oliver. Luego a Tomasson.

—¿Habéis podido contar los balazos?

—Cinco. Pero quizás tenga alguno más, porque no hemos querido moverla, por si deseas saberlo.

—¿Dónde está la persona que encontró el cadáver?

—Abajo, en el *living*, con dos de mis hombres. Hemos reunido allí a todos los habitantes de la casa. Bueno, menos uno.

—¿Falta alguien? —Brillaron los ojos de Gordon.

—Una de las sobrinas de la víctima: Flora Faith.

—¿Se sabe dónde ha ido?

—No. Sus primos y los criados lo ignoran. Sólo saben que Flora Faith se fue ayer por la tarde, con uno de los coches. Es todo.

—Supongo que cuando se fue esa joven, la señora Faith estaba todavía viva.

—Oh, sí, sí… Se retiró hacia las diez y media. Y ésa fue la última vez que la vieron viva.

—Esa señorita Faith, Flora Faith… ¿es la única persona que,

según entiendo, ha pasado la noche fuera de la casa?

—Sí.

Gordon quedó pensativo unos segundos, contemplando el cadáver. Visión desagradable, es cierto, pero ya era para él simple rutina. Por otra parte, había algo extraño en aquel cadáver… Algo extraño, sí, pero no podía concretar qué era. Las ideas se le iban de la mente. Era algo… que le sorprendía en un cadáver. Eso era. Pero… ¿qué cosa?

—Pernell —dijo de pronto—. Ve a llamar desde el coche. Que venga un equipo, el forense… En fin, ya sabes. Tú y yo iremos a ver a esas personas que esperan en el *living*, Oliver. Vosotros podéis marcharos si queréis, Tomasson.

—De acuerdo. Pero primero deja que te presente a todos los habitantes de la casa.

CAPÍTULO II

En total eran nueve personas.

Elvis Leeper, el mayordomo; Susan Fasset, la cocinera y camarera; Al Rumsey, el chófer personal de Mary Faith; Joe Craig, el jardinero fijo de la quinta. Esto, en cuanto al personal de servicio.

Luego, estaban los familiares. Todos ellos, sobrinos de Mary Faith en diferentes grados y de diferentes ramas de la familia. Eran cinco: Wanda Faith, Archie Myrick, Lucille Faith, Tommy Braden y Roscoe Faith; jóvenes, atractivos, simpáticos, de aspecto inteligente y agradable. Estaban evidentemente abatidos, en especial las dos chicas, Wanda y Lucille. Esta última, Lucille, parecía encontrar notable consuelo en los fuertes brazos del rubiales y atractivo Tommy Braden, que de cuando en cuando la daba una palmadita.

Tras las presentaciones, Tomasson se despidió, asegurando que no iba a faltarle trabajo en el PD y Gordon fue mirando con amable atención todos y cada uno de aquellos rostros tensos, consternados, inquietos.

—¿Cuál de ustedes encontró a la señora Faith a las ocho?

Lucille Faith abrió aún más los ojos y Tommy Braden apretó más sus hombros, no hacían falta más explicaciones. Pero, aquella explicación pareció dejar un poco perplejo al inspector de la División de Narcóticos.

—Si no he entendido mal, señorita, usted es sobrina de la víctima… ¿O no?

—Sí… Sí, señor, sí —asintió Lucille.

—Bien… Uno de los detectives me ha dicho antes que el cadáver lo encontró la doncella de la señora Faith.

—Yo era la doncella.

—¿Usted? Bueno, no entiendo…

—Cada semana, nos toca a una de nosotras —intervino Wanda Faith—. Quiero decir que tía Mary quería que nos fuésemos turnando de semana en semana para ayudarla. Una semana Lucy, otra semana Fifi, y otra semana yo. Así, se ahorraba el sueldo de una doncella. Temía arruinarse.

A Gordon no le pasó por alto el tono mordaz de la muchacha pero en su mente había algo más interesante por resolver.

—¿Quién es Fifi? —preguntó.

—Flora —sonrió Archie Myrick—. Nuestra prima Flora, inspector. La llamamos Fifi. Por las dos efes, ¿comprende? Flora Faith.

—Ya. ¿Tienen noticias de su prima… Fifi?

—No señor. Ya le dijimos al capitán Tomasson que no tenemos la menor idea de dónde puede estar. Se fue con un coche, eso es lo único que sabemos.

—Bien. ¿Tocó usted algo arriba, señorita Faith? —Miró Gordon de nuevo a Lucille.

—No señor… Nada. Yo… yo sólo recuerdo que… que me acerqué a ella, vi la sangre y grité… Luego, salí corriendo. Estaba tan asustada que casi caí rodando por las escaleras.

—¿Adónde iba usted por las escaleras?

—Pues… abajo, claro.

—¿En busca de sus primos?

—No —se desconcertó Lucille—. Claro que no. Mis primos duermen arriba, como yo, y como tía Mary…

—¿No se le ocurrió avisarlos a ellos?

—No hacía falta que avisase —dijo Roscoe Faith, que era el único feo de la familia, un poco encorvado, pecoso, miope—. Todos oímos sus gritos y salimos al pasillo. Yo fui el primero… Vi a Lucy abajo, al pie de la escalera, y a Elvis, que intentaba calmarla. Lucy estaba un poco… histérica, pero entendimos que algo le había ocurrido a nuestra querida tía y entramos a verla. Y… Bueno… Allá estaba… ¿Comprende?

Gordon asintió con la cabeza.

—¿Los criados si duermen abajo? —se interesó.

—Sí, sí, claro.

—Me imagino que todos ustedes, en un momento u otro, han ido entrando y saliendo del dormitorio de la señora Faith después de

enterarse de lo ocurrido.

—Pues… sí. Sí, por supuesto, todos. Bueno, se armó un poco de… escándalo. Estábamos todos desconcertados, asustados… No sabíamos muy bien qué hacer en aquel momento. No sé… Mirábamos a tía Mary, y… y eso era todo. Elvis dijo que era necesario avisar a la policía y él mismo lo hizo.

—Y yo me encargué de que nadie tocase nada mientras llegaba la policía —aseguró Archie Myrick—. Cuando llegaron, nos reunieron a todos aquí, nos hicieron preguntas… Igual que usted, más o menos.

—¿Están seguros de que nadie tocó nada arriba? —insistió Gordon.

Los nueve personajes se miraron unos a otros, desconcertados evidentemente.

—Seguros —murmuró Archie—. Claro que estamos seguros.

—Según entiendo, señorita Faith, usted subía el desayuno a su tía; jugo de naranja y tostadas, que ella solía tomar cada mañana a las ocho.

—Sí —asintió Lucille—. Sí, así es.

—¿Pero esta mañana no subió usted con el desayuno?

—Claro que sí —parpadeó Lucille.

—No lo he visto arriba, en el dormitorio de su tía, imagino que debía subirlo usted en una bandeja.

—Sí, sí… Bueno, es que cuando salí del dormitorio ni siquiera recordaba que llevaba la bandeja con el desayuno… No… no tengo la menor idea de dónde está la bandeja.

—Yo puedo aclarar eso —sonrió levemente Elvis, el mayordomo —. La señorita llevaba la bandeja en la mano cuando llegó al vestíbulo. Yo se la quité de las manos, y la dejé sobre una banqueta, para poder atender a la señorita. Luego, la llevé a la cocina, naturalmente.

Gordon se quedó mirándolo de hito en hito.

—Naturalmente —aceptó—. Bien, veamos… ¿Todos han pasado la noche aquí?

—Sí, señor.

—¿Estuvieron aquí todos en todo momento?

—Nosotros salimos anoche —dijo Joe Craig—. Al y yo fuimos a divertimos un rato. Bueno… bastante rato. Encontramos a un par de

amiguitas… y… verá, habíamos cobrado días antes, y…

—Entiendo, entiendo. ¿A qué hora regresaron?

—Mmmm… ¿Las dos, Al? —consultó el jardinero al chófer.

—Más o menos, las dos, sí. Por ahí debía ser.

—¿Y todo estaba tranquilo cuando llegaron?

—Claro.

—¿No vieron nada, no vieron a nadie, no oyeron na da?

—No, señor.

Gordon miró con veloz vistazo a los demás.

—¿Ninguno de ustedes oyó nada durante la noche, tampoco? —Nadie respondió de modo que parecía bien claro que nadie había oído nada, nadie sabía nada; Gordon miró al mayordomo y a la cocinera—. ¿Ustedes no salieron anoche?

—No, señor. Les tocaba a Joe y Al —respondió Elvis.

—¿Ustedes se retiraron a dormir, y eso fue todo?

La cocinera Susan Fasset se sonrojó tan intensamente que nadie dejó de notarlo. El mayordomo, también sonrojado, pero mucho más levemente susurró:

—Bueno, Susan y yo estuvimos viendo la televisión un rato…

—¿Aquí? —señaló Gordon el gran televisor del *living*.

—No… No, señor.

—¿Dónde?

—Pues… en el cuarto de ella… Yo me retiré en seguida. En cuanto terminó el programa, claro.

—Anoche no pude ver la televisión —intervino de pronto Oliver Molloy—. ¿Qué programa pusieron?

Susan Fasset pareció encogerse, y Elvis quedó sobre un solo pie.

—Yo… yo no recuerdo… en este momento…

—Haga memoria —sonrió amablemente Oliver—. No hay prisa.

La situación era de verdad incómoda. Gordon dirigió una ceñuda mirada a Oliver, y la alivió con gesto amable.

—Estoy seguro de que el señor Leeper recordará pronto el programa de anoche. Mientras tanto quiero que comprendan que mis preguntas tienen un objetivo bien definido; saber si alguno de ustedes oyó algo que pueda orientarnos respecto a la procedencia del asesino.

—¿La procedencia? —se asombró el feo Roscoe.

—Es de suponer que el asesino llegó a la habitación de su tía por

algún lado, señor Faith… ¿no le parece?

—Ah… sí, desde luego.

—Si alguno de ustedes hubiese oído algo, eso podría ayudarnos. Por supuesto, mis hombres, que llegarán dentro de unos minutos, van a encontrar huellas reveladoras al respecto, pero sería de gran utilidad tener una pista, inicial. Pero si no oyeron nada, no se preocupen; nosotros localizaremos el lugar por donde entró el asesino… si es que entró, se entiende.

—¿Si es que entró? —volvió a asombrarse Roscoe.

—Sí. Lo que quiero decir es que quizá no tenía que entrar porque… ya estaba dentro de la casa.

Hubo respingos, miradas de sobresalto.

—¿Está insinuando que alguno de nosotros mató a tía Mary? —preguntó fríamente Wanda Faith.

Gordon se la quedó mirando, sin contestar. El ambiente, de pronto, se había puesto mucho más tenso.

—¿Se les ocurre algún modo de localizar a su prima Fifi? —preguntó, como olvidando la pregunta de Wanda Faith.

—No.

—Quizá puedan recordar algo si se esfuerzan. Es posible que ella…

—No podemos hacer nada. Todos vivimos aquí, no tenemos otro sitio adonde ir, ni nada que hacer por ahí que pueda ayudarnos a encontrar a Fifi. Ya volverá.

—Esperemos que así sea —murmuró el inspector—. ¿Alguno de ustedes tiene armas? Una pistola, concretamente… ¿Nadie?

De nuevo el silencio por respuesta. Es decir, que nadie tenía allí una pistola. Gordon asintió con la cabeza, como considerando que era normal aquella negativa general.

—Una última pregunta, por el momento: ¿sabían ustedes que la señora Faith era una drogadicta?

—¿Una drogadicta? —exclamó Tommy Braden—. ¡Claro que no lo era! No se lo habríamos permitido, inspector.

—No sé si entiendo bien eso, señor Braden.

—Quiero decir que todos queríamos mucho a tía Mary, y de ninguna manera la habríamos permitido esa barbaridad. Alguno de nosotros se habría dado cuenta. Y puede estar seguro de que habríamos puesto remedio de inmediato, como fuese. Tía Mary era

todo para nosotros. Siempre amable, generosa, cariñosa… Usted entiende, ¿verdad?

—Por supuesto. —Gordon se acercó a mirar por la puerta-ventana del *living*, y, en efecto, su equipo ya había llegado, tal como le pareció oír; se volvió hacia todos—. Vamos ahora a proceder a la investigación técnica… Mientras tanto, les ruego que no abandonen la casa ninguno de ustedes. Quiero decir, la quinta. Desde luego, pueden salir por los jardines, dar un paseo…

—¿Insiste usted en sospechar de nosotros? —murmuró Archie.

—Yo no he dicho semejante cosa, señor Myrick —protestó ceñudamente el inspector—. Estoy ateniéndome a las más elementales normas de investigación: podríamos necesitar a cualquiera de ustedes en un momento dado, eso es todo.

—Está bien, lo entendemos.

—Gracias. Vamos. Oliver.

CAPÍTULO III

En el gran vestíbulo se encontraron con Pernell y los del equipo de Huellas. Pocas instrucciones tuvo que dar Gordon para que cada cual se dispusiera a cumplir con su trabajo que conocían perfectamente.

Pernell se interesó por el interrogatorio preliminar, y el inspector le puso al corriente con pocas pero exactísimas palabras. Parecía más bien, sin embargo, que se estaba repitiendo a sí mismo todo lo hablado, como buscando la clave, el punto flaco… Y acabó con estas palabras:

—Vamos a la cocina.

—Estaba a punto de sugerírselo, señor —sonrió Oliver.

—Supongo que a ti también te ha sorprendido —sonrió a su vez, Gordon.

—Desde luego. Es pasmoso que una muchacha que sube con una bandeja y que se asuste tanto, llegue con esa bandeja, sin que se le caiga nada, hasta el vestíbulo… después de haber estado a punto de rodar escaleras abajo. Lo normal sería que, tan sólo al ver el cuadro espeluznante, de su tía acribillada, la bandeja le hubiese saltado de las manos.

—Esperemos que exista la bandeja.

Existía, en efecto. Y estaba en la cocina, sobre uno de los mármoles.

—Jugo de naranja y tostadas —musitó Oliver—. Perfecto. ¿Verdad, señor?

—Muy perfecto.

—Podemos pedirles a los chicos de Huellas que busquen las de esta bandeja.

—Desde luego. Ah, Oliver; deberías tener un poco más de…

tacto.

—¿Se refiere al mayordomo?

—Sí. Las mismas preguntas se pueden hacer a una persona privadamente, sin comprometerla. Piensa que las vidas privadas de…

—Ese tipo es un sinvergüenza —sonrió Oliver—. Está bien claro que él y la cocinera no estuvieron viendo televisión, y sospechando a lo que se estaban dedicando, no me sorprende que no oyesen nada de nada.

—Seguro que lo que ellos dos hacían sí habría sido un buen programa de televisión —sonrió Pernell—. No apto para menores, desde luego. Y digo yo, señor; teniendo en cuenta la… ocupación del mayordomo y la cocinera… ¿debemos excluirlos de la lista de sospechosos?

—Sabes muy bien que no. Todos son sospechosos.

—¿Cree que lo hizo alguien de la casa?

—Sí.

Los dos asintieron ante la categórica afirmación de su jefe. Pero Oliver objetó:

—¿Y qué me dice de la prima Fifi? Ella ha pasado la noche fuera, señor. Es decir, al menos… oficialmente. Sin embargo, sería la persona ideal para entrar en la quinta durante la noche, y llegar sin tropiezo alguno al dormitorio de la señora Faith. La prima Fifi conoce la casa a la perfección, debe tener llaves de todas partes.

—En teoría, es la sospechosa ideal —aceptó Gordon—. Y, tal como estábamos diciendo, ella es de la casa, ¿no?

—Pues si ha sido ella no ha podido hacer nada peor que pasar la noche fuera. Y si luego ha huido… ¡caramba! No podría demostrar ser más tonta.

—Si ha huido, lo sabremos pronto. Mientras tanto, vamos a repartirnos el trabajo. Pernell y yo nos ocuparemos de la parte técnica y tú, como siempre, de la… humana. Aunque tienes esa cara de mal genio, acostumbras caer bien a la gente, y sabes tirarles de la lengua.

—Me pregunto cómo lo consigue —refunfuñó Pernell—. Yo soy más guapo que él, y siempre me pisa el terreno.

Se echaron a reír los tres y Oliver comentó:

—Hay que tener gracia, muchacho… Mucha gracia.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia.

—Bien —volvió a reír Gordon, con sordina—. Vamos a echar un vistazo arriba.

Cuando llegaron al dormitorio, prefirieron no entrar, para no molestar a sus compañeros de trabajo. Ya se habían tomado todas las fotografías convenientes, y el forense había colocado el cadáver tendido boca arriba en un lado del lecho, para examinarlo en primera instancia. A su alrededor, cuatro hombres desplegaban una perfecta y metódica actividad en busca de huellas.

Por fin, tras varios minutos de espera, el forense se reunió con ellos en el amplísimo pasillo alfombrado.

—Me la llevaré para la autopsia —dijo.

—Claro. ¿Puede decirnos la hora de su muerte?

—Digamos, por el momento, que debió suceder entre las once y la una de la noche. Podré precisar más después de la autopsia.

—Por el momento nos conformamos con eso. ¿Cinco balazos?

—Sí… Cinco. Cinco, sí.

Los tres policías se quedaron mirando al forense.

—¿Hay algo que le sorprenda, doc? —preguntó Olíver.

—Bueno —el médico se rascó la coronilla, perplejo—. Caracoles, sí que hay algo que me tiene desconcertado, lo admito.

—¿Qué cosa?

—Pues…

—Yo también he notado algo, pero no acabo de llegar a una conclusión —instó Oliver.

—Lo mismo me pasa a mí —aseguró Gordon—. ¿Qué dice usted que es?

—Mmm… Bueno, yo preferiría no decir nada por ahora, francamente. Desde luego, es sorprendente. Claro que puedo estar equivocado. Pero si no lo estoy, será el asesinato más… extraño e increíble que…

—Demonios, suelte el toro de una vez —masculló Pernell.

El forense volvió a rascarse la coronilla.

—No me gustaría quedar como un tonto, inspector —vaciló—. ¿Se atrevería usted a acusar a alguno de los sospechosos así por las buenas, sin tener datos concretos que…?

—Claro que no —gruñó Gordon.

—Bueno, pues a mí me pasa lo mismo… Les diré lo que creo que

pasó cuando esté bien seguro.

—¡Pero, hombre…! —comenzó a protestar Pernell.

—Déjalo. Él tiene razón, Pernell. Estaremos esperando sus informes, doctor. Mientras tanto, otra pregunta: ¿tomaba drogas?

—Ah, ah, ah… Ahí sí que puedo alzar la voz: se hinchaba de drogas.

—¿Está seguro?

—¡Hombre! Basta sólo mirarle los brazos, que es lo primero que usted habrá hecho, ¿no es así? Luego, las pupilas dilatadas… Otro detalle: cuando la mataron hacía poco que se había inyectado. No sé… Una hora, dos… Poco. Desde luego, era una habitual, sin duda de ninguna clase.

—Vaya —murmuró Pernell—. Esto podría ocasionar sorprendentes derivaciones en el caso, señor.

—¿Como cuáles?

—Quizá el proveedor de drogas de la señora Faith decidió que convenía matarla y…

—No —negó Gordon—. Fue alguien de la casa.

—Lo cual podría indicar que alguien de la casa le suministraba la morfina a la señora Faith —insistió Pernell.

—Yo no lo creo así —negó Oliver—. Es absurdo. Y demasiado arriesgado todo.

—De acuerdo contigo, Oliver —apoyó Gordon—. Aunque nunca hay que desdeñar ninguna teoría. Sin embargo, tengo la impresión de que el asesinato no ha tenido nada que ver con las drogas.

—Yo también lo creo así —los sorprendió a todos el forense al intervenir en un tema ajeno a sus conocimientos—. Sería extraño de verdad.

—Oiga —masculló Oliver—. Si nos quiere decir lo que sospecha, hágalo. Si no, deje de crearnos más problemas. Ya tenemos suficientes.

El forense sonrió.

—Lo mejor será que me ocupe de mis asuntos, ¿verdad?

—Vamos, digo yo —aceptó Oliver.

—Pues hasta luego.

—Avísenos cuando esté seguro de esa cosa… increíble.

—Okay.

El forense se fue escaleras abajo y Gordon, tras unos segundos

de meditación propuso:

—Vamos a echar un vistazo por los jardines… Especialmente, alrededor de la casa; ventanas y puertas… Quizá encontremos indicios de que han forzado alguna cerradura, alguna huella de pies… Ya sé que es una ingenuidad, pero algo tenemos que hacer.

—Podríamos machacar a los de la casa, interrogarlos sin darles tregua —propuso Pernell—. Todavía hay muchas cosas que pueden ser preguntadas, supongo.

—Sí… Pero esperaremos a ver qué sacan en claro los de Huellas y el forense, vamos afuera.

Llevaban apenas quince minutos fuera cuando llegó la furgoneta enviada por el forense para recoger el cadáver, que fue levantado tras la oportuna autorización del inspector Gordon. Cuando se lo llevaron todos los habitantes de la casa estaban en el fastuoso porche de blancas y elegantes columnas.

Todos sombríos, sí, silenciosos… observados por los tres hombres de la División de Narcóticos, que se mantuvieron a cierta distancia, dispuestos a no perderse detalle alguno.

—Me pregunto cuál ha sido —susurró Gordon—. Todos parecen estar impresionados, como… asustados. Y al decir todos, me estoy refiriendo exclusivamente a los sobrinos. Fijaros bien; todos tienen la misma actitud, los ha impresionado por igual…

—¿Vamos a excluir a los sirvientes?

—No. Lo que estoy pensando es bastante más descorazonador, Oliver. Nadie parece más alterado que los demás, así que… es posible que, al menos considerando las cosas psicológicamente, ninguno de ellos haya matado a la señora Faith.

—A lo mejor —deslizó Pernell— estamos aquí rompiéndonos las meninges y resulta que ha sido la tal Fifi y ahora está volando lejos de aquí. Ya sé que demostraría ser tonta —se apresuró a añadir—, pero… ¿Por qué demonios el asesino o asesina tiene que ser listo? El caso podría ser muy sencillo, señor.

—Podría serlo —admitió Gordon—. Pero ¿qué motivos especiales podría tener la señorita Flora Faith para matar a su tía? Ellos dicen que todos la querían mucho.

—Pues quizá Flora Faith no quería a su tía —encogió los hombros Pernell—. Yo tengo un tío en Wisconsin que me importa un pepino.

—Mira, Pernell —gruñó Oliver—. Nadie es tan tonto de obrar así. ¿Por qué huir sabiendo que se delata, si podía haberse quedado en la casa, como siempre, y dejar que la incluyésemos en el grupo de sospechosos? Durante la noche, cualquiera de las personas que había en la casa, ha podido asesinar a la señora Faith. Cualquiera… ¿Por qué destacar, entonces, pasando la noche fuera? Y no digamos si se ha marchado del país. Eso ya no sería de tonta, sino de absoluta cretina, imbécil.

—De todos modos, podríamos interesamos sobre si Flora Faith era la única que no quería a su tía —se mosqueó Pernell.

—La idea no es mala —aprobó Gordon—. Y entra dentro de tu labor, Oliver. A ver si tu olfato funciona tan bien como siempre.

—Espero que no te resfríes —pinchó Pernell—. Sería desastroso para nosotros que nuestro husmeador oficial perdiese el olfato precisamente ahora.

—No creo resfriarme —sonrió Oliver—. Tenemos un buen invierno en Miami Beach. Yo no he encontrado nada por el jardín.

—Ni yo.

—Ni yo —movió la cabeza el inspector—. Sigo en lo mismo; lo hizo alguien de la casa.

—Pues vamos a por ellos.

La furgoneta, cargada por fin, emprendió la marcha, alejándose hacia las verjas. Los nueve sospechosos entraron en la casa, y segundos después, de ésta salía el jefe del equipo de Huellas, mirando a todos lados. Vio a los tres y se dirigió hacia ellos.

—Estamos terminando arriba, señor —se encaró con Gordon—. ¿Se le ofrece algo más?

—¿Habéis recogido la jeringuilla para llevarla al laboratorio?

—Desde luego, señor. Y muestras de la sangre de las sábanas.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Pernell.

—¿Lo de la sangre de las sábanas? Bueno… hay tanta sangre por todas partes, que he pensado que quizá no pertenezca a la víctima toda. Resulta un poco increíble, teniendo en cuenta dónde estaba el cadáver, que la sangre llegase a ciertos puntos del lecho… Y he pensado que quizá, de algún modo, el asesino pudo resultar herido y que algunas de esas manchas de sangre sean de él… o de ella.

—No hay nadie herido en la casa —dijo Gordon—. Pero me parece magnífica tu teoría, Stanford. Es decir creo que no hay nadie

herido en la casa —alzó las cejas de pronto—. Al menos no lo parece.

—Y falta Flora Faith —remachó Pernell.

—¿Algo más, señor?

—Sí. Vais a buscar bien por toda la casa, en busca de una pistola. Tiene que estar escondida en alguna parte.

—Quizá no esté en la casa —sugirió Oliver.

—Yo creo que sí. Dudo mucho que el asesino se atreviese a salir para tirar la pistola en alguna parte.

—Lo que quiero decir, señor, es que puede estar fuera de la casa, pero en la quinta. Si yo hubiese sido el asesino, a lo mejor se me habría ocurrido enterrar la pistola en alguna parte del jardín o algo así.

Los otros tres se quedaron mirando a Oliver.

—Demonios —farfulló Pernell—. Hoy tienes el día fino, chico. ¿Verdad, señor?

—Yo creo que sí. Excelente teoría, Oliver. Así que… buscad primero la pistola en la casa. Y si no la encontráis enviaremos un equipo especial para que la busque en el jardín. Bueno, pero antes, quiero que toméis las huellas dactilares de todas esas personas. Si quisieran protestar, les dices que queremos sus huellas para ahorrarnos trabajos y molestias, pues las separaremos de todo el grupo que hayamos encontrado. De tal modo que si el asesino dejó alguna huella podremos separarla de las de ellos y dedicarnos a buscar sólo esa huella, no rompernos los sesos buscando una docena de huellas diferentes.

Pernell se inclinó hacia Oliver.

—A eso le llamo yo ser un viejo zorro —susurró.

—¿Qué dices, Pernell?

—Nada, señor —respingó el policía—. Digo que es una estupenda idea.

—Hombre, eres muy amable —sonrió Gordon—. Está bien, Stanford, seguid con todo eso. Cuando terminéis, avísame… Pernell y yo nos iremos a la División para examinar todo el material obtenido y… buscar en los archivos la posible presencia de alguno de los sospechosos. ¿Quién sabe?

—¿Yo me quedo? —preguntó Oliver.

—Sí y no dejes de meter las narices en todas partes.

—Ojalá las meta en una ratonera —deseó Pernell.

—¿Qué te han hecho mis narices? —protestó Oliver.

—Me recuerdan las de mi tío de Wisconsin.

Stanford se alejó sonriendo y los tres se quedaron allí como recién plantados, con las manos en los bolsillos.

—Podríamos seguir buscando por el jardín —propuso Pernell—. Así cuando salgan Stanford y los demás ya tendremos una zona batida.

—De acuerdo. Tú no, Oliver. Ve a la casa. Y… cuidado con las ratoneras.

Oliver Molloy se dirigió hacia la casa, refunfuñando por lo bajo. En el *living* vio reunidos a todos los sospechosos, escuchando las explicaciones de Stanford respecto a su toma de huellas dactilares, y decidió que no era momento de molestar.

Se fue por el pasillo que llevaba a la cocina. Había tres puertas a cada lado, destinadas a la servidumbre, y las fue abriendo todas, echando un vistazo. No iba a ser fácil registrar aquella enorme mansión en busca de un objeto tan pequeño como una pistola, desde luego.

Dos de las habitaciones, estaban desocupadas, era evidente, y pensó que una de ellas podría ser un buen sitio para esconder de momento la pistola… Tres minutos en cada una de ellas le bastaron para desengañarse.

Regresó al pasillo pensando en la conveniencia de registrar las otras cuatro habitaciones, pero decidió dejar tan ingrata labor a los del equipo de Huellas, y si acaso, a los expertos en aquello que vendrían más tarde si era necesario.

Entró en la grandiosa cocina, y frunció el ceño. La cocina de su apartamento de soltero se le vino a la memoria como un diminuto cubil.

«Bueno —pensó—. Quizá no sea tan malo ser millonario. ¿No te parece?».

Salió al jardín por la puerta del fondo, destinada a recibir las vituallas, y se disponía a caminar por allí cuando oyó pasos en la cocina. Se volvió y entró otra vez.

CAPÍTULO IV

—Hola, ¿qué tal? —saludó sonriendo.

Susan Fasset, la cocinera, que se estaba limpiando las manos de espaldas a él, se volvió, respingando, con los ojos muy abiertos. Se sonrojó, y el policía pensó que aunque estaba algo gordita para su gusto, no estaba nada mal. En lo cual, desde luego, debía estar muy de acuerdo el imperturbable mayordomo.

—Oh… Me ha asustado.

—Lo siento de veras. Estaba echando un vistazo por aquí. ¿Tienen ratoneras?

—No… No, señor —se desconcertó Susan.

—Menos mal. Oiga, esta cocina es estupenda, ¿verdad? Y la tiene muy limpia y alegre. Caramba, si yo fuese millonario le pediría que viniese a trabajar conmigo.

Susan Fasset parpadeó y comenzó a sonreír.

—Es usted muy amable, señor.

—No crea… A veces soy muy mal pensado.

Susan volvió a sonrojarse. Era tan sanota, tan frescachona… Una delicia de colores. Oliver pensó que no era fácil encontrar mujeres que se sonrojen tan fácilmente.

—Me refiero —se apresuró a añadir— que a veces hasta es posible sospechar de las cocineras.

—No…, no sé a qué se refiere, señor.

—Pues al asesinato de la señora Faith, claro está, Usted sería la sospechosa ideal si ella hubiera muerto envenenada, ya me comprende. Por suerte para usted, no ha sido así. Y no crea que mi fantasía se ha puesto al galope, no… Podría contarle casos que la dejarían boquiabierta. Desde luego, no sería nada difícil, mezclar un venenito en el jugo de naranja, ¿no le parece?

—N-no… no sé… No sé. Pero en este caso… Bueno yo… yo no fui quien preparó el jugo de naranja de la señora, así que…

—Ah, claro. Fue la señorita Lucille Faith.

—Sí. Sí, señor.

—Ya… Pero resulta que usted es tan sólo una empleada de la señora Faith, y ella es una sobrina que adoraba a su tía. Por lo tanto… ¿No? —El policía ladeó la cabeza y entornó los ojos—. ¿He dicho alguna tontería, *miss* Fasset?

—No… Yo… Es que…

«Oli, eres un tío listo, —pensó el policía—, has dicho algo que no ha convencido a la sanota cocinera, de donde se desprende lo que ya saben todos; que aunque cuando trabajas pareces un charlatán atontado, de tonto no tienes ni un pelo, vamos a ver…, ¿qué has dicho que no la ha convencido?».

—No me diga que usted es también una sobrina de la señora Faith y que su labor es hacer de cocinera —sugirió.

—No… No señor. Yo no.

Oliver Molloy se rascó la punta de su agresiva barbilla, recapacitando.

—Emmm… Entonces, claro, no tiene por qué sentir adoración por ella, como sus sobrinos, ¿verdad? —Susan Fasset permaneció en silencio, baja la mirada, y Molloy volvió a entornar los ojos—. ¿O sí la adoraba usted, *miss* Fasset?

—No… Me resultaba más bien… indiferente.

—Ya. Sí, claro… Entonces… ¿quizá resulta que la señorita Lucille no adoraba a su tía, tal como ellos han asegurado? ¿Es eso?

—No sé, señor.

—¿No sabe? Mire, *miss* Fasset, usted está olvidando una cosa muy importante, yo no soy un fisgón cualquiera que siente interés por las vidas ajenas, sino un policía que está cumpliendo su deber de encontrar a un asesino… ¿Me comprende?

—Es mentira. ¡Es mentira! —jadeó Susan.

—Vamos… ¿Duda usted que yo sea un agente especial de la División de Narcóticos? —se sorprendió Oliver.

—Es mentira que la adorasen todos… ¡Es mentira! La odiaban. Todos ellos la odiaban, señor.

«Has dado en el clavo muchacho; eres grande».

—¿Todos los sobrinos odiaban e la señora Faith? —susurró.

—Sí, señor. ¡La odiaban!

—Pero ellos han asegurado que…

—¡La odiaban!

—Bueno… ¿Por qué?

—Oh, por muchas cosas. ¡Por muchas cosas!

—Dígame aunque sólo sea una, se lo ruego.

—Yo… Sí, por ejemplo, al pobre señorito Roscoe… Es el único feo de la familia… Pero es muy correcto y cariñoso, sabe tratar a la gente… ¿Usted se ha dado cuenta de que tiene una ligera… joroba?

—Caray —exclamó siempre en su papel un poco de tonto el policía—. Yo no diría tanto, querida Susie. Si acaso, parece más bien sólo una ligera curvatura de hombros. Consecuencias de no practicar algún deporte. Pero de eso a jorobado.

—Pues la señora le llamaba «mi bufón jorobado», señor.

—¿Bufón jorobado? —Casi se aterró Oliver—. ¿La señora Faith, llamaba así a su sobrino Roscoe?

—Sí, señor. Ella le llamaba así y a veces lo… lo hería con sus palabras. Le decía que hiciese bufonadas para que ella se riese un rato, lo humillaba, se reía de él y…

El mayordomo apareció de pronto en la cocina.

—Susan —llegó diciendo—. No encuentro al… ¡Oh!

—¿Qué tal, señor Leeper? —saludó Oliver—. ¿Está usted buscando algo?

—Sí, señor —tragó saliva Leeper—. La estaba buscando a usted.

—¿A mí? —se sorprendió Oliver—. Vaya, esto es toda una sorpresa. Bueno, ya me ha encontrado. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pues yo preferiría… hablar a solas con usted, señor…

—Señor Molloy —sonrió éste—. Servidor de la ley y de las personas honradas. Si usted lo es, señor Leeper, estoy a su disposición. ¿Nos perdona un momento, Susie?

—Sí… Sí, señor.

—Por favor, no se aleje. Tenemos que seguir conversando… ¿Salimos al jardín, señor Leeper? ¿Le parece bien?

El mayordomo asintió y los dos salieron al jardín. Oliver Molloy le ofreció un cigarrillo, sonriendo afablemente. Sí, señor, él tenía algo que se captaba la confianza de los demás, y para conseguir esto, sólo tenía que ser amable y parecer un poco tonto, o por lo menos, ingenuo.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Ejem —el mayordomo miró hacia la cocina y comenzó a caminar alejándose, rodeando la casa—. Verá, señor… Es sobre Susan y yo. Mire, nosotros no… no hemos tenido nada que ver con la muerte de la señora, se lo aseguro.

—Nadie les ha acusado directamente… todavía, señor Leeper.

—Sí, sí, pero como no supe decirles el programa de televisión que dieron anoche, pues usted podría… pensar que ella o yo, o los dos pudimos… ser los culpables y…

—¿Y no lo hicieron ustedes?

—¡No, señor! Mire, yo… yo… yo quería pedirle que… que no insista usted delante de los demás sobre el programa de televisión de anoche, señor Molloy. Lo hago por Susan, es muy violento para ella.

—¿Es violento ver televisión? —Se hizo el ingenuo Oliver.

—Es que… no estuvimos viendo televisión, señor. Mire… Sería desagradable que ellos supiesen que Susan y yo… Bueno, sí que estuve con ella, señor, hasta bastante tarde… Las tres o las cuatro de la mañana. Ejem… Yo no podré decirle el programa que pusieron. Bueno yo le agradecería que me comprendiese, señor Molloy… Quería que usted supiese la verdad, porque… siempre es preferible eso a que sospechen que uno es un asesino… ¿Comprende?

—Creo que sí —sonrió Oliver—. Caramba, nunca se me habría ocurrido pensar que usted y Susan… Vaya, amigo Leeper, no se preocupe usted; no insistiré más sobre ese punto.

Elvis Leeper suspiró aliviado.

—Se lo agradezco mucho, señor Molloy. De veras.

—Bah, bah, bah… No tiene importancia. Y ya que estamos en amigable charla, amigo Elvis; ¿es cierto que la señora Faith llamaba «mi bufón jorobado» al joven Roscoe?

—¿Estaba usted hablando de eso con Susan?

—Así es. Supongo que ella dijo la verdad, amigo Elvis.

—Sí, señor. Es cierto.

—Pues no me parece muy delicado por parte de la señora Faith, francamente. Hay personas que por menos matarían a otras. No es agradable oírse llamar «bufón jorobado»… ¿Cree que Roscoe Faith podía sentirse molesto hasta el punto de… cometer una locura?

—No sé, señor. El señorito Roscoe es una buena persona. Todos son excelentes personas, se lo aseguro. Pero ella los… fastidiaba tanto… Resulta que vivían a sus expensas y ella, la señora Faith, era… muy desagradable con ellos.

—¿Con todos?

—Sí, con todos.

—Y dígame, amigo Elvis, ¿cree que alguno de los sobrinos o sobrinas puede haber sido capaz de asesinar a la señora Faith?

—Motivos no les faltaban, señor, pero… yo no creo que ninguno de ellos se atreviese. No tienen… agallas para ello, si me permite expresarme así.

—Querido Elvis, usted puede expresarse como guste. Y ya que estamos hablando de los sobrinos y sobrinas: ¿qué opina de la señorita Flora Faith? De Fifi, ya me comprende. ¿Cree que ella sí pudo tener agallas para acribillar a su tía?

—¡No, señor! ¡Ella menos que ninguno!

—¿Por qué menos que ninguno?

—Era la preferida. A ella no le molestaba demasiado. No sé. La trataba un poco mejor. Claro que la señorita Fifi, se lo merece. Es tan agradable, tan comprensiva… Creo que es la mejor de la familia.

—¿Lleva usted mucho tiempo en la casa, Elvis?

—Casi siete años. Conozco bien a todos.

—Claro. ¿Qué clase de cosas molestas les hacía la señora Faith a sus sobrinos?

—Pues… yo creo que lo peor de todo fue lo que le hizo a la señorita Wanda.

—¿Qué le hizo?

—Le quitó el novio, señor.

Oliver quedó como clavado en el césped que rodeaba la piscina, atónito. Desde allí se veía la fachada de la mansión y al fondo las verjas. No se veía a nadie por allí. El inspector y Pernell debían estar dentro de la casa, con Stanford y los demás, posiblemente buscando la pistola.

—¿Le quitó… el novio? Caramba, esto es grave… Entonces, ¿cuántos años tiene la señorita Wanda Faith? ¿Sesenta?

—Veintidós, señor.

—Ah. Sí, eso es lo que parece, viéndola. ¿Y cuántos años tenía el

novio? ¿Ciento veinte?

—Unos treinta. Era un guapo mozo, se lo aseguro. Le gustó a la señora y… se lo quedó.

—¿Se lo quedó?

—Usted entiende, señor. Lo… compró. Le gustaba, comenzó a hacerle regalos. Lo convirtió en su «gigoló» particular, hasta que se cansó de él y lo echó. Para entonces, claro, la señorita Wanda ya no quería saber nada con semejante sujeto.

—Me hago cargo. ¡Caracoles con la señora Faith! Eso estuvo bastante mal, ¿no le parece, amigo Elvis? Sigamos con… Un momento, no se vaya de aquí. Vuelvo en seguida.

El inspector Gordon, Pernell, Stanford y algunos hombres más del equipo de Huellas habían salido de la casa y Oliver fue a reunirse con ellos. De pie junto a la piscina, el mayordomo estuvo viéndolos conversar.

Luego, unos cuantos agentes de la División de Narcóticos quedaron por el jardín, buscando algo y el inspector Gordon, Stanford y Pernell se fueron en un coche. Oliver Molloy regresó junto a la piscina y se sentó en una tumbona.

—Siéntese, amigo Elvis —señaló la de al lado—. Y sigamos conversando. Estábamos hablando de la señorita Wanda, pero esa historia, desde luego, ya no necesita demasiadas aclaraciones. ¿Qué más cosas de ese estilo o de otro igualmente censurable hacía la señora Faith?

—Pues… por ejemplo, obligaba al señorito Archie a lavar todos los días los coches de la casa. Con lo que Al se pega la gran vida, claro. Y no sólo eso… Siempre que tiene… tenía ocasión, la señora se mofaba de los padres del señorito Archie, los ridiculizaba… Yo diría que hasta los insultaba. Y decía que el señorito Archie es un híbrido de gata y pato.

—¡Por el cielo! —Casi palideció Oliver—. ¿Y eso por qué lo hacía?

—Cualquiera sabe. El señorito Archie es sobrino en no sé qué grado, que como el señorito Tommy no es de la línea directa de la familia de la señora, y ella decía que si los Faith que quedaban eran unos imbéciles, los que ni siquiera se llamaban así aún lo eran más. Bueno, era… muy desagradable estar presente en estas ocasiones. Y creo que yo no hubiera soportado los insultos y las humillaciones

que ha soportado el señorito Archie.

—Pero él sí lo ha soportado todo…

—Sí… sí. El cochino dinero, ¿comprende?

Oliver Molloy movió la cabeza. Sí, comprendía perfectamente lo del cochino dinero. Unas personas le dan importancia justa, mientras que otras son capaces de todo por él; desde soportar humillaciones con tal de no carecer de él… hasta asesinar para tenerlo todo de una vez… y librarse para siempre de humillaciones…

—Me imagino que la señora Faith tendría hecho testamento, ¿no es así, Elvis?

—Por supuesto. Aunque a regañadientes, lo dejaba todo, por parte iguales, a sus seis sobrinos.

—¿Está seguro de eso?

—Segurísimo. Yo estuve delante cuando ella dictó su último testamento y además me hizo firmar como testigo.

—Luego me apunta en un papel el nombre y la dirección del notario. Es posible que le haga una visita al señor notario… ¿Qué más? Cuénteme más cosas. ¿O no hay más?

—Hay muchas. Por ejemplo la señorita Lucille y el señorito Tommy; ellos se quieren…

—Gran sorpresa —sonrió Oliver, recordando a los jóvenes abrazados—. No me diga que eso disgustaba a la señora Faith.

—¿Disgustarla? No sé… Le hacía gracia. Desde luego, ellos son primos lejanos, de modo que podían contraer matrimonio cuando quisieran. Pero…

—¿Pero…?

—Bueno, la señora Faith les dijo no hace mucho que si volvía a verlos besándose, iba a enviar al señorito Tommy a Alaska y a la señorita Lucille a Patagonia. Y que si insistían en eso, los iba a borrar de la lista de herederos.

—Podemos decir que la señora Faith no era precisamente Cupido, ¿verdad? ¿Y por qué hacía eso?

—Supongo que por simple gusto de fastidiar a la gente, señor. No encontré jamás otro motivo.

—¿Saben todos los sobrinos que ellos son los herederos?

—Sí, sí, claro. ¡Pocas veces lo ha comentado ella, siempre amenazando con desheredar a tal o cual…! Con sinceridad, señor

Molloy, yo prefiero no tener ninguna tía rica si ha de ser como la señora Faith.

—Yo tampoco. Y si la tuviera… —Oliver frunció el ceño—. Me parece que por lo menos, la enviaría al diablo. ¿Qué tal se portaba con ustedes, con el servicio?

—Ah, bien… Con nosotros, bien, señor. Normal, quiero decir.

—Bueno, pues sólo queda saber qué clase de jugarreta tenía en marcha con respecto a la señorita Flora Faith… ¿O a ella no la molestaba?

—Igual que a los otros, más o menos. La señorita Fifi… ¡Ahí llega!

Oliver se volvió hacia las verjas, procedente de las cuales vio un coche, lleno de polvo, que justo entonces hacía sonar alegremente el claxon.

—¿Cómo sabe que es ella?

—Por el coche. Es uno de los de la casa… el único que falta. ¿Quiere que le diga a la señorita Fifi que usted quiere conversar con ella?

—Considerando la situación en su punto exacto, temo que no queda más remedio, amigo Elvis. Parece inevitable que la señorita Flora Faith y yo tengamos que conocernos.

—Voy a decírselo.

—De acuerdo. Ah, Elvis; espero que aquí no pase como en las novelas y en las películas.

—¿A qué se refiere usted, señor Molloy?

—Bueno usted ya sabe; resulta que después de mucho buscar e investigar, la policía descubre que el asesino es el mayordomo… Si éste es el caso, ¿por qué no lo dice, y así descansamos todos?

Elvis Leeper sonrió divertido y el policía captó en los ojos del mayordomo una clarísima expresión de simpatía.

—Usted es un señor simpático, de veras —dijo Leeper—. Si yo fuese el asesino, le ayudaría a encontrar mi pista. Pero, señor Molloy, las tonterías que yo gusto de cometer son de otro tipo.

—Oh, sí —procuró Oliver contener la risa—. Saludos a la hermosa Susie, amigo Elvis. Por favor, dese prisa; quisiera hablar con la señorita Flora Faith antes de que ella hable con sus primos.

Leeper se alejó y el policía todavía sentado al sol en la extensible, lo estuvo mirando atentamente. Igual que a la señorita

Flora Faith, que acababa de salir del coche y miraba con actitud de desconcierto a los hombres que buscaban una pistola en el jardín.

El mayordomo llegó junto a ella antes de que se hubiera decidido a abordar a los policías o a entrar en la casa. Oliver los vio conversar y apretó los labios cuando vio a la muchacha llevarse una mano a la garganta, como queriendo retener así un grito de dolor, una exclamación.

Incluso desde allí podía ver los muy abiertos ojos de la prima Fifi, desorbitados. Parecía que Leeper se estaba explicando bien, señalando de un lado a otro, para finalmente cuando Flora Faith parecía dispuesta a correr hacia la casa, señalar a donde estaba él.

Flora Faith miró hacia allí, asintió con la cabeza, y tras brevísima vacilación, comenzó a caminar hacia la piscina. Así contemplada a cierta distancia, parecía bastante bonita.

Sí.

Bastante bonita, en la distancia.

CAPÍTULO V

De cerca, resultó ser mucho más que bastante bonita… De cerca, era una auténtica preciosidad. Un cuerpo sensacional, un porte elegante, un delicioso tono de piel dorado por el sol, una estatura justa a la medida de Oliver Molloy, y sobre todo, unos ojos grandísimos, de color café, que, en aquel momento, no conseguían retener un par de enormes lágrimas, que precisamente al llegar ante el policía se deslizaron por las mejillas, y luego por las comisuras de la boquita.

Oliver Molloy se había puesto en pie, y su mirada, un tanto acerada, se suavizó sin darse cuenta.

—Soy Oliver Molloy, señorita Faith —murmuró—. De la División de Narcóticos. Me parece que su mayordomo le ha explicado lo sucedido.

Ella parpadeó y entonces otras dos lagrimitas resbalaron por sus mejillas. Tendió la mano.

—¿Cómo está, señor Molloy?

El policía tomó la manita de ella y entonces, al notar tantísima suavidad, el enorme nudo que había comenzado a notar en su garganta se hizo grande, gordo como un hipopótamo.

—Bien… Bien, gracias. ¿Y usted?

Flora Faith se sentó en una extensible y su mirada quedó perdida en el vacío. Estaba muy pálida ahora, muy impresionada. Oliver le ofreció un cigarrillo y ella lo aceptó, absorta. Después de encenderlo, miró al federal, fijamente.

—Esto es horrible… —dijo—. Horrible. ¡Pobre tía Mary!

—Ejem… Sí, sí, desde luego es muy lamentable lo sucedido, señorita Faith.

—No puedo creerlo… Y hasta pienso que quizá no he entendido

bien a Elvis. Él me ha dicho que… que la han… asesinado de cinco disparos…

—Lamentablemente es cierto.

—Oh, Dios mío… Y se la han llevado ya… ¡Ni siquiera he podido verla!

—Si usted lo desea, puedo acompañarla —se ofreció no poco incómodo Oliver.

—Sí. Se lo agradeceré… Pero no ahora. ¡Espero que encuentren pronto al hombre que lo hizo, señor Molloy! ¡Ojalá que lo encuentren en seguida y le hagamos pagar su culpa!

—Es lo que estamos intentando, se lo aseguro. Pero, a decir verdad, nosotros no estamos seguros de que lo haya hecho un hombre.

—¿Cómo?

—Ha podido ser una mujer.

Flora Faith se quedó mirándole estupefacta.

—¿Sugiere usted que una mujer ha venido a la casa para matar a tía Mary?

—Tampoco estamos convencidos de que viniera, señorita Faith. Lo que quiero decir es que quizá ya estaba aquí, en la quinta.

Flora quedó silenciosa, fumando. Parecía desconcertada, pero, poco a poco, la luz de la comprensión fue apareciendo en sus bellos ojos todavía brillantes por las lágrimas.

—¿Quiere decir que la ha asesinado uno de mis primos? ¿O uno de los criados?

—¿Usted qué piensa?

—Es una barbaridad… ¡Una barbaridad!

Oliver asintió con la cabeza.

—Puede parecerlo —admitió—. Sin embargo, nosotros hemos estado buscando indicios de la llegada de una persona ajena a la casa y no hemos encontrado ninguno. Generalmente las personas que allanan una propiedad ajena dejan alguna huella de su paso. Siempre hay alguna señal en la puerta, o en una ventana… Incluso marcas de pies en un sitio u otro. No sé… Cosas, detalles que pasan desapercibidos a la mirada de una persona no acostumbrada a esta clase de investigaciones. Pero sucede que nosotros sí estamos acostumbrados a estas investigaciones, y… Vaya, le diré que, por el momento, tenemos la impresión de que quien llegó hasta su tía para

matarla, no encontró la menor dificultad; conocía la casa, tenía llaves, no tenía por qué cometer el menor tropiezo. ¿Me comprende?

—Temo que sí. Pero, por el amor de Dios, ninguno de los criados haría semejante cosa. En cuanto a mis primos, me consta que… que jamás ninguno de ellos se atrevería a un acto semejante. ¡Matar a tiros a una anciana! No, no, no.

—Usted parece estar olvidando algo, señorita Faith. Por lo que voy sabiendo, su tía no era una persona…, simpática.

—¿Simpática?

—En realidad, era más bien… impertinente, por no decir algo peor. He sabido que les humillaba a todos ustedes, de una forma u otra. Una persona así corre el riesgo de crearse antipatías… muy considerables.

—¡Pero no tanto como para asesinarla!

—Es un punto de vista muy discutible, señorita Faith. La gente cree que la mayoría de los asesinatos se cometen por dinero, pero no es cierto. Según nuestras estadísticas, el dinero obtiene el más pequeño porcentaje en cuanto a los móviles de un asesinato.

—¿Qué dice usted? —se asombró Flora.

—Sí. Verá… Los asesinatos por dinero suelen ser todos… o casi todos, ocasionales. Hay algunos premeditados, pero son los menos, proporcionalmente. El mayor índice lo proporcionan el odio, los problemas de índole… pasional, y las perturbaciones mentales. Si tenemos en cuenta las circunstancias que concurren en el asesinato de su tía, nos encontramos con dos de esos móviles: el odio y la inminente toma de posesión de la fortuna de Mary Faith. Eso, sin tener en cuenta que, además, en cierto aspecto, puede haber intervenido la cuestión pasional.

Flora Faith estaba atónita. Miraba con más atención al atlético sujeto de cabellos revueltos y mirada simpática, pero terriblemente penetrante. Al principio le había parecido un poco tonto, pero…

—¿Cuestión pasional?

—Me refiero al caso de su prima Wanda. Según entiendo, la señora Faith le… quitó el novio.

—Sí… Bueno, eso fue una cosa que…

—Una cosa muy desagradable. Su prima Wanda tiene veintidós años. A esa edad, esta clase de cosas dejan profunda huella. Y una

gran amargura, un gran resentimiento. Luego, está el asunto de sus primos Tommy y Lucille, lo del pobre primo Roscoe, que era objeto de mofa… Y lo de Archie Myrick, considerado por la señora Faith como una… mezcla híbrida de gata y pato. Si sumamos todos estos detalles, no resulta demasiado extraño que alguien se haya cansado de tía Mary… ¿No le parece?

—Ninguno de ellos es capaz de hacer una cosa así. Los conozco muy bien, señor Molloy.

—Mire, señorita Faith, si quiere escuchar mi opinión, le diré que nadie conoce a nadie. No tanto como cree, al menos. Una persona amable, bondadosa, pacífica, honrada… puede cometer cualquier barbaridad en un momento dado, obedeciendo quién sabe a qué impulsos del momento.

—Elvis me ha dicho que usted es un agente de la División de Narcóticos, señor Molloy. Y si no recuerdo mal, usted lo ha ratificado.

—En efecto.

—Pues parece un psiquiatra, o más bien, un psicólogo.

—Ah… Bueno, pues muchas gracias —sonrió Oliver—. Me quedo con lo de psicólogo. No es mucho, pero suficiente a veces, Sucede que a medida que se van conociendo personas, uno va desengañándose respecto a lo que se puede esperar del género humano. Estoy tratando de decirle que a nosotros, un asesinato no nos sorprende en absoluto. Cualquier motivo es válido. Por cierto, Elvis estaba a punto de decirme qué clase de actividad fastidiosa había emprendido su tía Mary contra usted… ¿Puede decírmela?

—No creo que tenga… demasiada importancia.

—Por su tono, yo diría que sí. ¿Qué clase de… jugarreta le hacía a usted su tía Mary?

—Me ha obligado a estudiar música.

Oliver Molloy parpadeó, atónito.

—¿Música?

—Sí, música. Llevo más de dos años tocando el violín sin el menor deseo de hacerlo.

—Caracoles… ¡Eso debe ser horrible!

—Por mucho que se esfuerce, no podrá imaginárselo, señor Molloy. Le aseguro que el sonido de un violín no tiene nada que ver con el sonido de un motor.

—Eso lo creo. Pero… ¿Un motor? ¿Qué tiene que ver un motor con todo esto?

—Es lo que me gusta a mí; los motores. Le dije a tía Mary que me prestase dinero para instalar un taller de reparaciones de motores de auto, lanchas, helicópteros. Un taller por todo lo grande. Para ella habría sido sencillísimo prestarme ese dinero, pero se negó… Sabía que a mí me gusta el olor a grasa caliente, a aceite, a piezas de acero lubricadas… Y se negó. Dijo que una… jovencita como yo debía ocuparse en algo mucho más delicado, así que… me compró un violín.

—Pero usted hubiese preferido un taller para reparar motores de combustión.

—Con toda mi alma. En esta casa no hay un solo coche que haya ido a un taller de reparaciones ni una sola vez. Si usted quiere verme feliz, póngame delante de un coche cuyo motor esté averiado.

—¿Y el violín?

—El violín, señor Molloy, se lo vamos a dejar a los señores Paganini, Menuhin, Zacarías… ¿Usted comprende…?

El policía se rascó la punta de la barbilla.

—Me parece que sí. Señorita Faith, ¿puede usted decirme dónde ha estado esta noche?

—Sí. En un motel. El Bali Motel en Collins Avenue.

Oliver tuvo la impresión de que el mundo se abría bajo sus pies, de que el día, de pronto, era triste, lúgubre.

—En un motel… Perdone la pregunta, pero… supongo que no estuvo sola.

—Supone mal. Estuve sola.

En lo particular, Molloy hubiera gritado de pura alegría. En lo profesional, no pudo sentir alegría de ninguna manera.

—¿Sola? —susurró—. ¿Completamente sola?

—¿Qué está usted insinuando? —Alzó ella la barbilla.

—¿Yo? Nada… nada. No, no, por favor… Entiéndame… Sólo siento interés por su… coartada.

—¿Coartada?

—Es posible que usted no me haya entendido bien, señorita Faith; nosotros pensamos que el asesinato de su tía ha sido llevado a cabo por alguien de la casa.

—¡Pero yo no estaba en la casa! Estaba en un motel.

—Eso es lo que dice usted —masculló Oliver—. Pero, si estuvo sola… ¿cómo puede probarlo?

—¡Señor Molloy!

—¡Señorita Faith! Cualquier persona puede inscribirse en un motel, entrar en su cabaña, esperar a que nadie pueda verla, y salir, venir aquí, hacer lo que quiera, y regresar al motel… Usted tiene que entender eso forzosamente, supongo.

—Sí… Sí, lo entiendo. Perdone.

—No importa Me pregunto si está dispuesta a variar su… declaración de que estaba sola. Si había alguien con usted en el motel, sus palabras le ayudarán a usted…

—Estuve sola.

—Es decir, que no puede probar que estuvo toda la noche en su cabaña de Bali Motel. ¿O sí?

—Temo que no podría probarlo, señor Molloy.

El policía se pasó la lengua por los labios.

—Bien… Es posible que si me explica las causas que la impulsaron a pasar la noche en un motel en tan extrañas circunstancias, yo pueda… creérmelo, señorita Faith. ¿Por qué lo hizo?

—Eso es cuenta mía.

—Vamos, vamos… Esto no es un juego, compréndalo.

—No pienso decirle eso, señor Molloy. Haga usted lo que le parezca más conveniente.

—¿No se da cuenta? Tendría que detenerla, llevarla a la División de Narcóticos, y allá la interrogaríamos de tal modo que usted tendría que decírnoslo.

—No lo diré —alzó la barbilla Flora.

El policía se quedó mirándola, gratamente impresionado. Era una preciosidad de criatura.

—Señorita Faith, se lo voy a explicar con todas las palabras; si usted se niega a darme una explicación convincente, vamos a tener que acusarla de asesinato.

—¡Usted está loco!

—Le aseguro que no —enrojeció el policía—. Mire, su ausencia de esta casa durante la noche parece implicar que usted no pudo ser la asesina y así lo consideraríamos si me diese una explicación

razonable de esa ausencia. Pero, si no lo hace, nosotros podemos pensar, con cierta lógica, que usted se fue para tener esa dichosa ausencia como coartada, y que durante la noche, en lugar de estar durmiendo en su motel, vino aquí, utilizó sus llaves para la verja, para la puerta de la casa, recorrió ésta sin el menor tropiezo, asesinó a su tía, y se marchó, tan tranquila… ¿Me comprende, ahora?

—Le comprendo. Y lo que usted dice tiene sentido, pero… no le diré por qué he pasado la noche fuera, señor Molloy.

—De acuerdo —suspiró Oliver—. Señorita Faith, queda usted detenida en nombre de la ley.

—Como guste. ¿Puedo llamar a mi abogado, y saludar a mis primos, antes de ser llevada a la División de Narcóticos?

—Desde luego.

—Gracias.

La muchacha se puso en pie y Oliver la imitó. Se dirigieron hacia la casa, ella reposaba, tranquila, él, mohíno… Hubiese preferido tener otra clase de relaciones con… Fifi, pero así son las cosas de la vida. Por primera vez en su vida, Oliver Molloy pensó que era un asco ser agente del DN.

Llegaron en silencio a la gran columnata blanca, y se disponían a entrar en la casa cuando uno de los policías, que estaban registrando el jardín llamó:

—¡Oliver! ¡Ven aquí en seguida!

—¿Me permite, señorita Faith? Mientras hablo con mi compañero puede saludar a sus primos, y llamar por teléfono… Por favor, una sola llamada, recuerde.

—Conozco la ley, señor Molloy.

—Mejor. Hasta ahora.

CAPÍTULO VI

Oliver se acercó a su compañero, cruzando el jardín. Los demás se habían agrupado ya en torno al que había llamado y comprendió que habían encontrado algo interesante.

Y tan interesante.

La pistola.

El otro policía mostraba la bolsa de plástico, todavía sucia de tierra, dentro de la cual se veía la pistola y algo de color negro. No hacían falta más explicaciones. Oliver tomó la bolsa de plástico y la alzó, mirando aquella cosa negra.

—Parece un guante —dijo.

—Es un guante —afirmó el otro.

—Y la pistola lleva silenciador —señaló otro agente.

—¿No es formidable? —mascculló Stanford—. A esto le llamo yo un crimen bien planeado. ¿Qué opinas tú, Oli?

—Me parece que más o menos lo mismo que tú; alguien consiguió una pistola, un silenciador, un par de guantes, una bolsa de plástico y preparó ese hoyo en el jardín. Luego, mató a la señora Faith, metió en la bolsa de plástico la pistola con silenciador y con el guante, vino aquí, lo enterró todo, y se volvió a la cama… Sí… Formidable. Y espeluznante, ya que requiere no poca premeditación.

—Premeditación, alevosía, planeamiento, método… Todo lo que quieras. Bueno, ahora sólo falta encontrar a quien lo hizo… y me parece que eso es cosa tuya. ¿Podemos marcharnos?

Oliver recapacitó unos segundos. Acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Yo tengo que ir a la División con Flora Faith, y con esto, claro. Desde allí, os enviaré un par de muchachos para que se

queden con los sospechosos. Mientras tanto, quedaros en la casa, y aseguraros de que nadie se va ni habla por teléfono… Ya me entendéis.

—Perfectamente.

—Me llevaré vuestro coche. Vendrán los otros con él.

—Sí, hombre.

Todos muy satisfechos, se fueron hacia la casa. En el *living*, los cinco primos de Flora Faith callaron bruscamente apenas oír a los policías, y se quedaron mirando hacia la puerta. Nada más entrar, Oliver se dio cuenta de que Flora Faith no estaba allí.

—¿Dónde está su prima Fifi? —Frunció el ceño.

—Ha ido al despacho de nuestra tía, para telefonear desde allí al abogado de la familia.

—Ah, bien… Gracias.

Regresó al vestíbulo, localizó el despacho y se dirigió hacia allí, todavía con el ceño fruncido. Había una cosa que no habían tenido en cuenta, un poco ofuscados por lo aparatoso del asesinato, que parecía no tener motivo alguno diferente al asesinato en sí: el robo. Quizá habían ido a robar a la caja fuerte.

«Es absurdo, Oli. Si querían robar en el despacho… ¿Por qué subir a matar a la señora Faith? No, no, no… Esto, tal como va pareciendo más claro cada vez, es un perfecto asesinato premeditado… Es decir, un asesinato bien premeditado, que no es lo mismo que un asesinato perfecto. No existe el asesinato perfecto. ¿O sí?».

Con estos pensamientos, llegó ante la puerta del despacho. Instintivamente, por simple lógica, esperaba oír la voz de Flora Faith hablando por teléfono pero… no. No. Dentro del despacho no se oía nada. ¿Había estado mirando por la ventana Flora Faith y al ver que todos los agentes entraban en la casa, ella se había escapado por la ventana?

Casi alarmado se asomó al despacho… y se tranquilizó. Flora Faith estaba allí. Sí… allí estaba, de espaldas a él, haciendo algo en la pared. De pronto, Oliver se dio cuenta de que Flora estaba delante de una caja fuerte, cuya puerta estaba abierta. Sin hacer el menor ruido, el policía entró un solo paso en el despacho y se quedó inmóvil, cruzando los brazos sobre el pecho.

Muy interesante.

La señorita Flora Faith estaba removiendo papeles y dinero en el interior de la caja, con visible impaciencia. Pronto terminó su búsqueda, al parecer decepcionada, por su gesto abatido de hombros. Estuvo unos segundos inmóvil y luego, metió ambas manos dentro de la caja y comenzó a palpar las paredes metálicas de ésta.

A los pocos segundos, incluso Oliver oyó el suave chasquido metálico y comprendió en el acto que aquella caja fuerte tenía un departamento secreto.

Flora Faith había lanzado una ahogada exclamación de alegría, y en seguida, sus manos reaparecieron con un gran sobre en ellas. Lo abrió miró su contenido, lanzó otra ahogada exclamación y se apresuró a colocarlo todo en su sitio, excepto el sobre, que se quedó. Luego, cerró la caja, se volvió, muy agitada… y vio a Oliver Molloy, que la contemplaba ceñudamente, inmóvil como una estatua.

Fifi lanzó un gritito de asombro y sobresalto, vaciló una fracción de segundo, y luego echó a correr hacia la ventana. Llegó allí, la alzó, se dispuso a saltar al jardín y… un brazo de Oliver Molloy rodeó su cintura, tiró de ella y la entró en el despacho, quizá un tanto rudamente.

—¡Suélteme! —gritó ella—. ¡Suélteme, pedazo de bruto! ¡No tiene derecho a…!

El policía le arrebató el sobre de un manotazo y luego la soltó. Perdido el sobre, el interés de Flora por escapar desapareció.

Se abalanzó contra el policía furiosa como una gata, dispuesta a todo, blandiendo sus uñas…, hasta que Oliver, de una seca bofetada, la sentó en el sillón. Entonces, tras un instante de tensión, crispado el rostro, desorbitados los ojos, Flora Faith pareció romperse; se encogió, el rostro entre las manos y rompió a llorar… mientras en la puerta aparecían los compañeros de Molloy y los primos de la muchacha.

—¿Qué pasa? —exclamó Stanford—. ¡Oliver, qué…!

—Está bien, está bien, no pasa nada… Volved todos al *living*. He dicho todos, señorita Faith —se dirigió a Lucille, que se acercaba a Flora—. Por favor, vuelvan todos allá.

Hubo cierta indecisión y Oliver recogió miradas no poco hostiles por parte de los sobrinos de Mary Faith. Por último en el despacho

quedaron de nuevo solos el policía y la muchacha sollozante.

—Lo siento —susurró él—. Señorita Faith, le juro que lo siento, pero estaba tan histérica… Le ruego que me perdone. No le pido que deje de informar a su abogado sobre la bofetada, sólo le pido perdón en lo personal. De veras lo siento.

Ella alzó la cabeza, dejando de sollozar. Sus ojos, llenos de lágrimas se clavaron en los de Oliver Molloy, que notó otra vez en la garganta aquel nudo gordo como un hipopótamo.

—Por favor —suplicó ella—. Por favor, señor Molloy, devuélvame el sobre. Tengo que quemarlo.

—Temo que no puedo permitírselo. Lo lamento.

—Tengo que quemarlo. No hay nada en él que pueda interesarles a ustedes.

—Discúlpeme. Pero eso deberemos decidirlo nosotros. Le ruego que no olvide que se ha cometido un asesinato. Vamos a ver qué contiene el sobre. Y si contiene…

—¡No lo abra! Por Dios, no lo abra.

El policía no le hizo caso, por supuesto. Abrió el sobre, y sacó un puñado de negativos fotográficos, que se quedó mirando con gesto estupefacto. Miró acto seguido a Flora Faith y la vio como petrificada, lívida. Luego frunció el ceño y colocó los negativos a contraluz. Durante un segundo, su gesto de estupefacción aumentó… Luego, el anguloso rostro del federal adquirió un ligero tinte escarlata.

—Por todos los demonios —jadeó.

Se acercó más a la ventana, para adquirir mejor visión de los negativos, pero de pronto, como todavía notaba más contenido en el sobre, volvió a meter la mano en él, retirando esta vez fotografías ya reveladas. Con el primer vistazo, comprendió que no se había equivocado al juzgar los negativos, que pertenecían a aquella interesante serie. Fue pasando velozmente las fotografías reveladas, pero de pronto, todavía sonrojado, se detuvo y las metió en el sobre, junto con los negativos.

Flora Faith se había relajado ya, aceptando lo inevitable. Pero su mirada rebosaba reproche cuando la dirigió hacia él.

—¿Está satisfecho? —susurró.

—No —admitió Oliver—. En absoluto, señorita Faith. Pero me alegro de haber encontrado esto, ya que pueda dar un cierto matiz

sorprendente al caso. ¿Nos vamos ya?

—¿Insiste en detenerme?

—Desde luego. Parece que debería dejar de sospechar de usted, pero este asunto de las fotografías también tendrá que explicarlo.

—Y sigue creyendo que yo he matado a tía Mary…

—Pues… la verdad es que no. Si usted hubiese sido la asesina, se habría llevado la pistola después de matar a la señora Faith; me parece absurdo que se hubiese entretenido en enterrarla en el jardín.

—¿Han encontrado una pistola en el jardín?

Oliver se acercó más a ella, sacó el envoltorio de plástico del bolsillo interior derecho de la chaqueta y la mostró a la muchacha.

—¿La conoce?

—No. Nunca ha habido armas en esta casa.

—Eso será hasta esta noche pasada. Ahora, como ve, hay una. Yo creo que podríamos simplificar mucho las cosas si usted aceptase darme una explicación.

—No pienso hacerlo.

—Está bien. Pero sepa que, por medio de esta pistola, podemos encontrar al asesino… Mírela bien; es un arma nueva. Tiene el número de serie grabado. Y lo mismo el silenciador… En cuanto al guante negro, me parece observar una etiqueta en el borde interior, donde sin duda menciona al fabricante. Con todos estos datos tres de mis compañeros pueden averiguar, en menos de un día, incluso las aficiones de la persona que adquirió estos objetos para sus preparativos del asesinato. ¿Insiste en no sincerarse, señorita Faith?

—No diré nada.

—Pues vamos a la División. ¿Le importa que usemos su coche? Iba a utilizar el nuestro, pero quizá mis compañeros lo necesiten en un momento dado. ¿Le importa?

—No.

Molloy señaló hacia la puerta y ambos salieron del despacho. Cruzaron el vestíbulo y Oliver hizo una seña a Stanford, que los miraba desde el umbral del *living*.

—Os dejo el coche, Stan. Iremos en el de la señorita Faith.

—Bueno. ¿Qué hay en el sobre, Oli?

—Dinamita —masculló éste.

Y salió de la casa, llevando por un brazo a Flora Faith. Un

instante después, estaban ambos en el coche de ella, que por indicación del policía se hizo cargo del volante. La joven se abstuvo de hacer comentarios, y él pensó que, aunque era poco probable que ella lo intentase, tendría menos facilidades para saltar del coche en marcha conduciendo que si se sentaba junto a él.

Las verjas habían quedado abiertas, así que todo resultó sencillo y cómodo. Salieron de la quinta y Molloy susurró:

—¿Sabe dónde está la División?

—No.

—¿De veras? Bueno, en el 3801 de Biscayne Boulevard… Lo mejor es que vayamos por North Bay Causeway.

Ella no contestó. Apenas transcurrido un minuto, tuvo que detenerse ante el primer semáforo. Y detrás de su coche, se detuvo otro, del cual se apearon rápidamente dos hombres, uno por cada portezuela de atrás. Llegaron junto al de Flora en unas zancadas abrieron las puertas de atrás y se metieron dentro.

Oliver Molloy que al no ocupar el sitio del conductor no podía mirar hacia atrás por el retrovisor y por tanto solo tuvo noticias del nuevo acontecimiento al oír las portezuelas, se volvió, con el ceño fruncido.

—¿Qué signif…?

Enmudeció al ver las dos pistolas que le apuntaban. Provistas de silenciador, desde luego. Su mirada se alzó hacia los dos hombres, y en el acto supo que la cosa no iba en broma. Conocía muy bien aquella clase de sujetos.

—Cierre el pico y siga tranquilo —masculló uno de los hombres —. Y usted, encantado, deje de mirarnos como si fuésemos fantasmas y esté atenta a la luz verde, ¿okay? Flatt, mira a ver si este tipo lleva algún juguete.

El llamado Flatt se inclinó hacia adelante, metió la mano derecha hacia el sobaco izquierdo de Oliver y quedó inmóvil un instante. Luego, retiró la mano, con la pistola del federal.

—Caramba con el pajarito —comentó—. Vamos a ver si lleva algo más.

Mientras Oliver permanecía inmóvil, pensando que cualquier reacción suya podía costarle la muerte no sólo a él sino a Flora Faith, Flatt registró el otro bolsillo, encontró en el acto la bolsa de plástico con la pistola con silenciador y el guante negro… al mismo

tiempo que se llevaba un estuche de piel.

—¡Demonios! —exclamó—. Está armado hasta los dientes, Yale. Fíjate, otra pistola.

—Luz verde —dijo Yale—. Adelante encanto.

—¿Adonde… adónde vamos? —Tembló la voz de Flora al decirlo.

—Lo sabe muy bien, ya que esta noche ha estado allí… El jefe se pregunta qué está tramando la vieja así que usted va a darle las explicaciones.

Flora arrancó, mientras musitaba:

—No…, no sé de qué me hablan.

—¿No? Bueno, se lo diré, para que no nos fastidie con su charla llorosa durante el viaje… ¿Conoce usted a Parker?

—No… No.

—¿De verdad? Vaya, pues él sí la conoce a usted. La ha visto un par de veces con su tía. Parker es el chófer de nuestro grupo, así, que casi siempre va conduciendo el coche del jefe. Pero anoche, cuando el jefe y nosotros dos fuimos a cierto asuntillo, Parker se quedó donde usted sabe, porque no se encontraba muy bien, así que era mejor que descansara. Entonces, usted, tuvo mala suerte. Seguro que la vieja le había dicho que nosotros teníamos que salir esta noche y la envió a robarnos el material, y hasta debió decirle dónde lo tiene escondido el jefe… Dio la casualidad de que cuando llegó allá, en la casa no había nadie, porque Parker se vio obligado a salir a comprar unas aspirinas. Cuando volvía con ellas, la vio a usted, alejándose de la casa… Usted se metió en este coche, y él que iba a pie, regresó a la casa. Cuando el jefe volvió, le dijo que la había visto, y el jefe, que es listo como nadie se puso a pensar. ¿Qué cree que pasó, nena?

—Yo no sé… lo que…

—Vamos, vamos… El jefe fue al escondite y vio que el material había volado. ¿Sabe qué pensó entonces? Que la vieja era muy lista, que había aprovechado su ausencia que ella conocía para enviarla a usted a quitarle el juego de postales. ¿Comprende? De modo que… ¿Qué te pasa a ti? ¿Por qué me miras así?

Flatt, lívido, alzó el estuche de piel, abierto, ante los ojos de Yale.

—Este tío es un federal —masculló la voz ronca.

También Yale palideció. Se quedó mirando la placa y la tarjeta de identificación de Oliver Molloy, que permanecía silencioso, tranquilo.

—Maldita sea… Esa maldita vieja nos ha metido en un buen lió. Seguro que se ha arrepentido de todo esto y… Maldita bruja. Hay que avisar al jefe.

—Y mira eso, Yale. Las postales. Con los negativos y todo. Esa vieja de todos los demonios ha denunciado el asunto.

Yale miró las fotografías y negativos que le mostraba Flatt y se mordió los labios.

—Maldita sea… Hay que poner pies en polvorosa en seguida. A lo peor, mientras nosotros estábamos esperando la ocasión de charlar con esta preciosidad o con la vieja, la policía ha ido ya a por el jefe… Y nosotros que habíamos pensado incluso que este tipo era un nuevo «empleado» de la vieja… Usted, tío listo, ¿han ido sus amigotes a por el jefe?

—Es posible —sonrió Molloy.

—Se las da de guapo, ¿eh? Bueno, pues escuche esto; tal como están las cosas, si usted no se explica, le vamos a volar la cabeza. Y a la chica también… Por si aún no lo ha comprendido, detrás tenemos nuestro coche, con Parker al volante. Así que sólo tenemos que matarlos a ustedes dos, volver a nuestro coche, y largarnos. ¿Me explico, tío listo? ¿Han ido a ver al jefe o no?

—No —negó Oliver—. Se están equivocando. Sólo estarnos investigando el asesinato de la señora Faith.

Flatt y Yale quedaron estupefactos.

—¿Se han cargado a la vieja bruja? —exclamó al fin Yale.

—Han asesinado a la señora Faith —puntualizó Oliver.

—Por todos los sapos del mundo… ¿Qué está pasando aquí?

—Quizá ustedes podrían explicármelo —sugirió Oliver—. Todavía están a tiempo, Yale. Pero si llevan las cosas demasiado lejos…

—¡Cierre la boca, tío listo! Maldita sea mi estampa. Usted, nena, no se distraiga y acelere todo lo permitido… Al demonio, ya se las entenderán con el jefe, que es el que piensa.

CAPÍTULO VII

Ya debía ser casi la una de la tarde. El coche se detuvo delante de una casita en la West 29th Street, Hialeah, cerca de Okeechobee Road. Estaba rodeada de una valla de madera pintada de blanco y era una monada, con un precioso jardín.

Parker detuvo su coche detrás del de Flora, abrió la entrada hacia el pequeño garaje y regresó a su volante. El coche de Flora Faith entró en el garaje y Parker dejó el suyo afuera, en el sendero. Luego, entró en la casa.

Todavía dentro del coche, Flora y Oliver cambiaron una mirada y el susurró:

—¿No cree que ahora sí debería darme esa explicación, señorita Faith?

—Yo…

—A callar —ordenó Yale—. Ya charlarán cuando venga el jefe.

El jefe tardó apenas un minuto en aparecer. Y, apenas verlo, Oliver Molloy sonrió secamente. Era un sujeto alto, esbelto, elegante y muy bien parecido, como de cuarenta años… Flatt salió del coche para cederle el asiento y se quedó junto a la ventanilla de Oliver, apuntándole con la pistola. El jefe ocupó su lugar y su mirada, inteligente, fría, dura, se posó en Molloy, que estaba vuelto hacia él.

—Conque de Narcóticos, ¿eh?

—Así es, Reeves.

—¿Me conoce?

—Por supuesto. No es la primera vez que se mete en líos. Pero siempre ha sido muy listo, así que todavía tiene vuelo. Es decir, tenía vuelo. Ahora tendrá que aterrizar… como sea.

—Bien… Yo no le conozco a usted, pero…

—No soy tan famoso.

—Claro. Y además hay muchos agentes del DN.

—Menos que granujas como usted, Reeves.

¡Plaf! La durísima bofetada de revés restalló con fuerza en una mejilla del policía, que no se alteró lo más mínimo. Solo, por un instante, en sus ojos apareció una chispita como de fuego.

—Está empeorando las cosas, Reeves —advirtió.

—Eso es cuenta mía. De manera que se han cargado a la vieja Mary… Vaya, no sé si alegrarme o ponerme de luto. A ver, enseñadme todo eso.

Yale lo puso en sus manos, y Orson Reeves echó un lento vistazo a todo.

—¿Ésta es la pistola con la que han disparado contra ella?

—Sí. La encontramos enterrada en el jardín —dijo Oliver.

—¿Y quién lo ha hecho?

—¿Usted no?

—No sea estúpido… Yo tenía negocios con Mary Faith… hasta que anoche, ella hizo una jugada que aún no entiendo. Pero es posible que esta mosquita muerta nos la explique.

—No tengo nada que explicar —dijo con voz tensa Flora.

—¿No? Bueno, anoche vino a esta casa cuando no había nadie, entró, se apoderó de un juego de fotografías como éstas, es decir, copias, y se las llevó… ¿Qué hizo con ellas? ¿Son éstas, y las ha entregado al…?

—Las destruí. Las quemé y las tiré por el inodoro de un motel. Eso es lo que hice.

—Entonces…, estas fotografías y los negativos son los que tenía su tía… ¿No es así?

—Sí.

—¿Y por qué las tienen los de Narcóticos?

—Quería quemarlo todo también. Sé a lo que se dedican usted y tía Mary… Un día, usted la visitó, y yo pude escuchar su conversación, y supe lo que estaban haciendo. Así que otro día, la seguí a ella, y los vi cuando volvieron a entrevistarse en el canódromo de Miami Beach. Entonces, le seguí a usted, y supe dónde podía venir a buscar las fotografías. Desde entonces, siempre he estado espiando o a ustedes o a mi tía… Y ayer supe que ustedes iban a salir, cuando la llamó usted por teléfono… Y vine a por las

fotografías.

—Es una ratita muy lista, jefe —masculló Yale.

—¿Y por qué ha hecho todo esto? —Gruñó Reeves.

—Porque quería privarles de todo el material de chantaje que tía Mary les ha estado proporcionando, y esta mañana habría hablado con ella, pero…

—¿La señora Faith se dedicaba al chantaje? —murmuró Oliver.

—Sí, señor Molloy… Ella conoce a mucha gente de dinero, se relaciona con los más ricos de Miami. Conocía sus vidas, sus pequeños pecadillos… No sé cómo… cómo pudo caer en esto… Deben haber tenido la culpa las drogas…

—¿Usted sabía que su tía se inyectaba morfina?

—Sí. Mis primos y yo lo sabíamos.

—Ellos negaron saberlo.

—No sé por qué lo habrán hecho… No lo sé. Pero todos lo sabíamos.

—¿Y no hicieron nada?

—Yo le hablé del asunto en dos o tres ocasiones, pero ella me ordenó callar. Estuve a punto de ir a la policía, pero me disgustaba poner a tía Mary en esa situación, así que… pensé que podría arreglarlo personalmente.

—¿Y usted me ha llamado loco a mí? —masculló Oliver—. ¿Se da cuenta del lío en que se ha metido, señorita Faith? Chantaje y drogas… Por el cielo, usted sí que se portó como una loca al no recurrir a la policía, o a nosotros…

—Bueno, ya está bien de charla —intervino Reeves—. Hay que tomar decisiones.

—Espere, Reeves… A ver si lo entiendo: la señora Faith, que conocía todos los líos de sus amigos millonarios, los contrató a ustedes, para que, en el sitio y momento justo, pudieran tomar fotografías tan indecentes como esas que tiene en las manos. Luego, bajo la dirección de ella, ustedes sometían a chantaje a los amigos de ella, enviándoles unas copias de las fotografías tomadas en moteles, o playas, o cabañas discretas… Si ellos no pagaban, habrían enviado otras copias a las esposas o a los maridos afectados, o a alguna revista, o…

—Es lo clásico, ¿no? —sonrió Orson Reeves.

—¿De verdad hacía eso la señora Faith?

—Naturalmente. Ella fue la que lo ideó todo, la que me propuso el asunto.

—Ya… Sí, entiendo. Ella le conoció a usted como su proveedor de morfina, ¿no es así?

—Sí.

—Y lo ha estado utilizando, extorsionando a sus amigos… Pero, no entiendo. ¿Por qué? La señora Faith tenía muchísimo dinero, no necesitaba hacer esto… ¿O se le había terminado el dinero?

—No lo creo —rió Reeves—. Más bien me parece que se divertía.

—¿Se… divertía?

—Ésa es mi opinión. Demonios, le juro que esa vieja era demoníaca. Se reía cada vez que le entregaba los clichés y algunas copias de las fotografías que mis hombres y yo tomábamos… Se reía como una loca. Y era ella la que indicaba las cantidades a pedir… A veces, sumas que hasta a mí me asustaban… al principio. Luego, las sumas me gustaron y el negocio se fue haciendo cada vez más importante… Incluso más que el de las drogas…

—Que fue con el que usted inició sus… relaciones con la señora Faith, ¿no es eso? Ella le compraba la morfina a usted, y así se hicieron… amigos.

Orson Reeves miró malignamente al agente de la División de Narcóticos.

—No se las dé de listo —deslizó—. Aunque ya no tiene importancia.

—No sea estúpido, Reeves… Quítese esa idea de la cabeza.

—¿Qué idea?

—La de matarnos a la señorita Faith y a mí.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Gruñó Reeves—. Escuche, usted lo sabe ya todo, y si no lo…

—Todo, no. Me falta saber quién asesinó a la señora Faith.

—¡Cualquiera sabe…! A lo mejor, fue uno de sus amigos, que ha podido enterarse de que era ella la… inventora de sus chantajes.

—No creo que la señora Faith fuese tan tonta de revelar o tan siquiera insinuar una cosa así a ninguno de sus amigos. En cuanto a los clichés y fotografías, los tenía bien escondidos en un departamento secreto de su caja fuerte.

—Por cierto, les agradezco que me hayan facilitado este material

tan interesante. Pero. —Reeves miró hoscamente a Flora—, ya que fue usted quien me quitó mis copias y las destruyó, es justo que gracias a usted haya recuperado el material. Y ahora, sin la vieja, podemos seguir mis hombres y yo con el negocio, sin darle parte alguna, ni…

—Reeves, vamos a hacer un trato —cortó Oliver—: usted nos deja marchar, y…

—Olvídelo. Si usted sale vivo de aquí sería lo mismo que si yo mismo me pusiera la soga al cuello. En cuanto a esta pistola…, ¿dónde dice que estaba?

—Enterrada en el jardín de la quinta de Mary Faith.

—Vaya. —Reeves entornó los ojos—: ¿No es interesante? Me pregunto si alguien que fuese a matar a la vieja a su casa iba a esconder la pistola en ese jardín… ¿Verdad que no? Y eso puede indicar que el culpable es uno de los sobrinos de Mary Faith… Lo cual me está haciendo concebir una idea divertida: los chantajearé también a ellos. O me pagan determinada cantidad, o envío la pistola a la policía. ¿Qué le parece?

—Escuche, Reeves: esos clichés, esas fotografías indecentes, y la pistola, son ya propiedad nuestra. Ahora, hágame caso y lleguemos a un acuerdo, o…

—Cállese de una vez. Está perdiendo el tiempo. Vigílalos bien, Yale.

Orson Reeves salió del coche, y se alejó unos pasos con Flatt y Parker. Mientras ellos tres se dedicaban a cuchichear, el policía miró a Flora Faith, que estaba demudada.

—Lo siento —susurró—. Pero todo esto no habría pasado si usted me hubiese dado las explicaciones que le pedí. Yo habría avisado a mi jefe, y en estos momentos, Reeves y sus amigos estarían ya detenidos. ¿Se da cuenta?

—Yo no quería… que se supiese lo que hacía tía Mary…

—Claro… Y no se le ocurre otra cosa que decir que va a pasar la noche fuera, y venirse a acechar esta casa, entrar en ella, llevarse fotografías, irse a dormir al motel del cual nadie la vio salir… y regresar esta mañana a la casa como si viniera… de dar un paseo. Desde un punto de vista humano, señorita Faith, reconozco que debería… admirarla. Ha demostrado mucho valor y lealtad hacia una persona que, según entiendo, no la merecía. Admirable en

verdad. Pero, como servidor de la ley, opino que es usted la muchacha más imprudente y tonta que he conocido jamás… Debió avisarnos, y habríamos…

—¿Por qué discutir, si ya no tiene remedio? —sonrió Yale, irónico.

Oliver lo miró, ceñudo, y cerró la boca. Sí: ¿por qué discutir, si ya no tenía remedio? Le habían desarmado, le estaban apuntando, y si bien estando solo podría haber dado un disgusto a aquellos cuatro hombres, o al menos intentarlo, la presencia de Flora Faith ponía muy difícil situación.

Volvió a mirar a Flora Faith. Estaba… tristemente encantadora. Oliver Molloy acarició una mejilla de la muchacha con suavidad.

—Lo siento —susurró.

—No me diga que la chica le gusta, tío listo —rió Yale.

El policía le dirigió una hostil mirada de reojo, y miró luego a Reeves y a los otros dos. ¿Realmente se iban a atrever a asesinar a una mujer y a un agente de la División de Narcóticos?

Dejó de pensar cuando los tres volvieron junto al coche, hermética la expresión.

—Salga —dijo Reeves—. Hemos pensado algo que quizá arregle las cosas. Pero antes, queremos asegurarnos de que no lleva más armas.

Oliver comenzó a respirar, aliviado. Bien… Al menos, ya sabía que a Flora no iba a sucederle nada irremediable.

Salió del coche, alzando las manos, dispuesto a dejarse cachear a gusto de ellos.

—No llevo nada más —aseguró.

—Eso lo veremos. Póngase cara al coche, con los pies separados lo máximo, y las manos sobre el techo… Es el método de ustedes, ¿no?

Oliver Molloy encogió los hombros. Se volvió, con los pies lo más alejados posible del coche, y se inclinó hasta apoyarse en éste.

¡Clock!, estalló algo dentro de su cabeza… Cayó de rodillas con la sensación de que se hundía en una negrura infinita mientras su cabeza parecía saltar en miles de pedazos…

¡Clock!, resonó de nuevo su cabeza.

—Atadlos a los dos, metedlos en el maletero, y llevadlos adonde ya sabéis. Allí, los matáis y los tiráis al lago —dijo Reeves.

CAPÍTULO VIII

—Éste es un buen sitio —opinó Parker.

—No está mal —admitió Flatt—. Voy a echar un vistazo para asegurarnos de que no hay nadie que pueda vernos. Tú espérate aquí.

—Vale.

Flatt salió del coche, y con el gesto más placentero que pudo conseguir, se dio una vuelta de cinco minutos por los alrededores, fumando un cigarrillo. Parecía estar contemplando el paisaje, pero, en realidad, sus ojos iban de un lado a otro en busca de algún posible testigo. La decisión de Reeves, desde luego, era arriesgadísima, pero… ¿qué otra cosa podían hacer?

—Nada —masculló—. Absolutamente nada.

Porque la idea de comprar a uno de Narcóticos era de las más descabelladas. Y suponer que el tal Molloy, si lo dejaban marchar, no iba a hacer nada contra aquel grupito de traficantes en narcóticos y en chantaje, aún era más descabellado.

Por fin, regresó donde estaba detenido el coche, muy cerca de la orilla del lago, entre árboles y arbustos.

—Eh, Parker —llamó—. Todo bien.

—Pues vamos a por ellos —dijo Parker, saliendo del coche.

Fueron a la parte de atrás, ambos pistola en mano. Parker alzó el capó del maletero, y sonrió sañudamente al ver al policía y a la muchacha, tendidos, apretado uno contra otra, parpadeando al recibir la luz del sol.

—¿Cómo ha ido el viaje? —se interesó Flatt—. Un poquito incómodo, ¿verdad?

—Tendremos que llevarlos nosotros a la orilla —refunfuñó Parker—. No me fío nada del tío listo. Tú que eres más fuerte, Flatt,

carga con el tío listo. Yo llevaré a la chica.

—Está bien. A ver, encanto, muévete de modo que pueda sacarte de ahí dentro.

Flora Faith obedeció, hasta quedar en una postura no poco incómoda para ella, pero que satisfizo a Parker. Éste se guardó la pistola en un bolsillo del pantalón, agarró con ambos brazos a la muchacha por la cintura, y de un tirón se la cargó sobre un hombro.

—Venga, date prisa, Flatt —jadeó—. Cuanto antes los demos el baño, menos peligro de que nos vea alguien.

—Ya ves cómo termina un tío listo —sonrió Flatt—. Pero verás que no pide clemencia ni perdón. Estos sujetos se las dan de hombretones.

—Veremos si no pide nada cuando vea que les vamos a meter unas balas en la barriga… Venga, maldita sea, terminemos de una vez.

—Tú, federal, haz como la chica… Hace casi dos horas que te dimos los golpes, así que un tío listo y fuerte como tú ya debe estar en condiciones de oír bien, ¿no crees? ¡Vamos, vamos…!

Oliver Molloy se movió, con evidentes dificultades, dentro del reducido espacio en el cual habían viajado él y Flora hacia la muerte…

—Ponte de rodillas y échate hacia delante, para que quedes sobre mi hombro. Si no quieres colaborar te mato aquí mismo, ¿entiendes?

Molloy se puso de rodillas, de modo que pudo sacar el torso fuera del portamaletas. Flatt se inclinó delante de él, tras guardar también la pistola, y lo atrajo, dejándolo cargado sobre un hombro. Resoplando, pues el peso del policía no era despreciable, se irguió, volviéndose hacia Parker.

—Andando —gruñó—. Vamos hacia el embarcadero: allá hay más fondo.

Los condenados a muerte y sus verdugos fueron hacia el pequeño embarcadero, más bien una pasarela para pesca de caña. Había un silencio formidable, tranquilizador, y la tarde era tibia, soleada, llena de colorido.

Cuando llegaron al embarcadero, Flatt fue el primero en desprenderse en su carga. Lanzando un bufido de disgusto. Se inclinó hacia delante, de modo que Oliver Molloy quedó de pie ante

él, milagrosamente libre de ataduras sus manos y sus pies. En sus ojos, aquella chispita como de fuego.

Flatt abrió la boca en un gesto de espanto…, y el puño derecho del hombre de Narcóticos se la cerró, en un impacto tremendo, en un trastazo tan escalofriante que Flatt salió volando, sin emitir siquiera un gemido, y fue a caer de espaldas y de cabeza a la orilla del lago, en cuyas aguas se hundió al instante.

Parker se dio cuenta de que algo sucedía a su espalda, y se volvió, justo cuando el cuerpo de Flatt pasaba volando junto a él. En una milésima de segundo, captó la situación, y su reacción fue no menos rápida; dio un impulso hacia atrás, y Flora Faith, todavía atada de pies y manos, salió despedida hacia el agua, en la cual también se hundió, como Flatt…

Mientras tanto, Parker estaba llevando la mano a su pistola.

Y hasta pudo hacerse con ella. La esgrimió, comenzó a apuntar al policía… y una garra de acero aprisionó su muñeca, desviando la línea de tiro.

Plop, sonó la pistola con silenciador.

¡*Crack*!, crujió la mandíbula de Parker al recibir el espantoso puñetazo. Y hubiese caído también al agua si Oliver Molloy no lo hubiese sujetado por la muñeca, reteniéndolo. Su puño se hundió ahora en el estómago de Parker, que lanzó un gemido apenas audible y cayó de rodillas, como roto.

El policía lo soltó, y se quitó la chaqueta de un tirón, dispuesto a saltar al agua… Casi estaba en el aire cuando vio a Parker, encogido, desorbitado el rostro por el dolor, retorciéndose hacia él, alzando la pistola…

Molloy varió la dirección de su salto en el último instante, y cayó con todo su peso, sin miramiento alguno, sobre el frustrado asesino. La cabeza de éste chocó contra las tablas, pero, desde luego, no estaba dispuesto a darse por vencido. Movió la mano armada, intentando apuntar al policía, disparar contra él…

Oliver Molloy volvió a asir aquella muñeca, retorció el brazo, y la pistola quedó apuntando al pecho de Parker.

Plop, se oyó.

Parker gimió, la beca abierta, crispada, los ojos casi fuera de las órbitas. Parecía un fleje de acero retenido por algún mecanismo, tan rígido se puso… Y de pronto se relajó, quedó completamente inerte.

Su cabeza volvió a chocar contra las tablas, y allá se quedó…

Las cosas le habían ido tan mal a Parker, que, como suele decirse, nunca más volvería a levantar cabeza.

Sin más dilaciones, Oliver Molloy saltó al agua, se hundió, y abrió los ojos. Inútil. Una cosa eran las transparente aguas de Miami Beach, y otra cosa muy diferente, las cenagosas aguas del lago.

Desesperado, se hundió cuanto pudo, moviéndose de un lado a otro, tendiendo las manos en busca del cuerpo de Flora Faith. Algo chocó con su cuerpo, y el policía se revolvió, asiendo aquello. Su mano derecha sujetó el cuerpo humano por las ropas. La izquierda subió con rapidez hacia la cabeza de aquel cuerpo, y agarró los cortos cabellos. Soltó de inmediato aquel cuerpo, y siguió moviéndose a la máxima velocidad, tanteando el cieno del fondo…

Estaba ya prácticamente sin aire en los pulmones cuando una de sus manos tocó algo… Un pie. Lo asió, por el tobillo, y se dio impulso hacia la superficie. Apareció en la superficie como disparado por un cañón submarino, y nadó hacia la orilla, tirando de aquel pie. Los suyos, por fin, tocaron el fondo… de cieno, de modo que, al ponerse erguido, se hundió en él casi hasta las rodillas.

Sin preocuparse por esto, tiró de la pierna de Flora Faith, sacando por fin su cabeza de debajo del agua.

La tomó en brazos, y caminó hacia la orilla. Tenía la impresión de que sus pies eran succionados por potentísimas ventosas, pero consiguió salir del agua. Dejó a la muchacha en el suelo, jadeando, y puso una mano sobre su corazón, echando el seno hacia arriba.

Ningún latido.

Sin miramiento de ninguna clase, Oliver Molloy apoyó la palma de su mano izquierda entre ambos senos de la muchacha, y se descargó un fuerte puñetazo en el dorso, estremeciendo el tórax femenino.

Luego, puso su mano izquierda bajo la nuca de Flora Faith, de modo que su barbilla quedó alzada; con la derecha, abrió su boca, y puso la suya encima, tras llenarse los pulmones de aire.

Por cinco veces, en desesperado beso, el policía estuvo enviando su aire a los pulmones de Flora Faith. Luego, volvió a efectuar el brusco masaje cardíaco, una sola vez. Y de nuevo cinco dosis de aire de sus propios pulmones. Otro masaje cardíaco, más aire…

Y de pronto, Flora Faith se agitó, se movió… Un profundo suspiro brotó de su pecho, oponiéndose al aire que le enviaba el federal, que se apartó en seguida. La muchacha abrió los ojos, mortecinamente al principio, vio al policía, parpadeó… De pronto, intentó incorporarse, pero una mano de Oliver se la impidió, sobre un hombro.

—No se mueva —jadeó—. Quédese quieta, y vaya respirando despacio y profundamente. Por favor, haga lo que le digo, señorita Faith…

Ella asintió, y comenzó a respirar, despacio, profundamente. Durante medio minuto, Molloy estuvo mirándola, hasta convencerse de que el peligro había pasado. Fue al coche, que todavía tenía la tapa del portamaletas alzada, y tomó la manta. Regresó junto a la muchacha, y la cubrió con ella, tras desatarla, de lo cual no había tenido tiempo antes.

—No se mueva —insistió—. Solamente respire. Despacio… ¿Me comprende?

—Sí —murmuró ella—. Sí, gracias…

Oliver sonrió, y miró hacia el lago, cerca de cuya orilla estaba flotando Flatt. Volvió a meterse en el cieno. Llegó junto al canallesco personaje. Lo asió por la ropa del cuello, y tiró de él, hasta llevarlo a tierra firme. Un minuto más tarde, Flatt y Parker estaban en el maletero, debidamente cerrado. Oliver volvió junto a Flora Faith.

—¿Cómo va eso?

—Bien… Estoy bien. Usted… me ha salvado la vida, señor Molloy… Gracias.

—¿Se encuentra bien, de verdad? ¿No tiene frío, o mareos o alguna molestia…?

—No, no… Estoy bien ya. Pero sí tengo un poco de frío…

—Conserve la manta. Permítame ayudarla a llegar hasta el coche.

Ya sentados ambos en el asiento delantero, Molloy ante el volante, los dos permanecieron silenciosos unos segundos. Cuando el policía miró a Flora, ella le estaba mirando a él, y le sonrió dulcemente.

—He estado a punto de morir, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué ha pasado… exactamente?

—He tenido que matar a esos dos. Bueno, uno de ellos se puede decir que se mató a sí mismo, por apretar el gatillo de su pistola cuando no le convenía.

—¿Y el otro?

—Me parece que me excedí en el golpe: le rompí el cuello.

Flora Faith parpadeó. Sí, aquel sujeto greñudo y con cara de pocos amigos le producía… una sensación muy… muy especial.

—¿Y yo? ¿Qué ha pasado conmigo?

—Le he hecho la respiración artificial.

—¿Boca a boca?

—Es la más efectiva, señorita Faith.

—Sí… Lo sé. Pero no sé si tiene mucho de artificial, señor Molloy.

—Si tenemos en cuenta que su corazón se había parado, yo creo que la respiración ha sido muy, pero que muy artificial… ¿Qué le pasa? —se alarmó al ver que Flora ponía una mano sobre su corazón—. ¿Se siente mal?

—No… Quería asegurarme de que mi corazón sigue latiendo. Y sí late, señor Molloy: compruébelo.

Tomó una mano de Oliver, que no acertó a reaccionar. Se encontró de pronto con la sensación de tener en la mano el corazón de Flora Faith, que latía bien, con fuerza, regularmente. Muy despacio, Oliver retiró la mano, y susurró:

—No se quite la manta… Está helada. Casi sería mejor que se quitase el vestido… Sí, creo que sería lo mejor. Yo me alejaré del coche, y usted puede cambiarse en el asiento de atrás.

—Sí, lo que usted diga… Pero usted también está mojado…

—Bah.

Oliver salió del coche, y regresó cuando Flora lo llamó. Las mojadas ropas de ella estaban en el asiento de atrás. Delante, ella lo miraba de un modo extraño, bien envuelta en la manta. Volvió a tomar la mano de él, y la introdujo hacia su corazón.

—¿Ve? —susurró—. Ya no tengo tanto frío…

Oliver Molloy volvió a notar la presencia de aquel maldito hipopótamo en su garganta. Miró los ojos de Flora Faith, que estaban en todo momento fijos en él. De pronto, ella los cerró, se dejó caer hacia él, y entreabrió los labios, ofreciéndolos…

Cuando los separaron, debían haber pasado siete u ocho siglos, más o menos.

—¿Dónde estamos? —susurró ella.

—Yo, en el cielo, me parece —susurró también él—. ¿Y tú?

—Lo mismo —rió nerviosamente Flora—. Y no tengo prisa por salir de él. Pero me refería…

—No tengo ni la menor idea. Supongo que este lago es el Okeechobee, en cuyo caso estamos a no menos de setenta u ochenta millas de Miami. Vamos a buscar la carretera, y nos situaremos en seguida… ¿Qué haces…? Se te está cayendo la manta que…

—No importa —murmuró ella.

Le rodeó el cuello con los brazos, y Molloy volvió a besarla. Era verdad, ya no estaba fría… Pero, de pronto, el policía la apartó.

—Tenemos que volver —dijo—. Y me gustaría que por el camino me dijeses si sabes algo más sobre este asunto, Fifi.

—No. No sé nada más. Tía Mary era drogadicta, se divertía haciendo chantaje a sus amigos cuyos secretillos conocía a la perfección, de modo que podía enviar a esos hombres a obtener fotografías… No sé nada más.

—En realidad, creo que es suficiente. Supongo que tú no la mataste.

—¿Tú qué crees? —sonrió ella.

—Espero que no. Pero tuviste tiempo, ocasión de hacerlo.

—Sí, así es. Pero, señor Molloy, si yo hubiese querido matar a tía Mary… ¿por qué tenía que complicarme la vida tal como tú dices que lo he hecho?

—¡Y de qué manera…! Te habría resultado muchísimo más fácil recurrir a la policía. Está bien, está bien… Supongo que es cierto que no querías perjudicar a tu tía, pero al mismo tiempo, querías evitar que ella continuase con eso de los chantajes… ¿Y las drogas?

—También hubiese conseguido apartarla de ellas, señor Molloy.

—Deja de llamarme «señor Molloy». Está bien, te diré una cosa: tu tía no me resulta nada simpática, ¿comprendes? Y parece que lo mismo debía pensar mucha, muchísima gente. En cuanto a eso de los chantajes, con los que ella se divertía tan… sádicamente, no es cosa que me alegre, ya que amplía muchísimo el círculo de sospechosos. Teniendo en cuenta todo lo que ahora sé, ya no me sorprendería que alguien de fuera de la casa la hubiera matado, y

hubiese dejado la pistola enterrada en el jardín, para acusaros a todos los sobrinos… La cosa se ha puesto muy difícil.

—¿De modo que ya no sospechas de mí ni de mis primos?

—No sé. Es posible que alguno de los que sufrían chantaje supiese algo, y… No sé. Vamos a por esas fotografías y la pistola, y veremos si sacamos algo en claro.

—Todo eso que has mencionado lo tiene Reeves, señor Molloy.

—Por poco tiempo… Fifi, eres una gran chica. Supongo que lo pasaste muy mal ahí dentro, retorciéndote para poder llegar a mis ligaduras y soltarlas…

—¿Mal? Creí que iba a romperme, a ahogarme… Y por si no lo sabías, me he roto tres uñas, me he hecho sangre, me he…

Oliver Molloy la besó en la boca una vez más.

—Vamos a dejar las quejas para más adelante —sugirió—. Y ocupémonos de cosas serias.

CAPÍTULO IX

—Desde luego, es un asunto muy serio —admitió Orson Reeves—, pero no podíamos hacer otra cosa, Yale. Un agente de narcóticos no es un pazguato cualquiera al que se pueda manejar. Sabes muy bien que si lo hubiésemos dejado vivo, nos habría aniquilado para siempre.

—Sí… Claro, ya lo sé. En fin, esperemos que tarden mucho tiempo en encontrar los cadáveres de él y de la chica.

—Aunque los encontrasen pronto, nadie puede relacionarnos a nosotros con lo sucedido. Una cosa es segura: nosotros no hemos matado a la Faith, así que, como los de Narcóticos andan tras esa pista, si encontrasen a su hombre y a la muchacha, pensarían que todo estaba ligado al asesinato de la vieja. Tranquilos. Y además, tenemos todo esto —señaló—. Las fotografías, y esta pistola, que comprometería a alguien en la quinta si la poli pudiese conseguirla. Puedes estar seguro de que en un chascar de dedos, los de Narcóticos encontrarían al propietario, por medio del número de serie. Nosotros quizá tardemos más, pero si lo conseguimos, meteremos en un puño a toda esa familia Faith —rió quedamente —. Apuesto a que van a heredar a su tía… Por eso la han matado…, Pero, cuando quieran darse cuenta, toda la fortuna habrá venido a parar a nuestras manos. Y a partir de entonces… Sí —entornó los ojos—. A partir de entonces, podremos dedicamos a nuestros negocios a lo grande. Fue un acierto aceptar los tratos con la Faith.

—Era una puerca bruja —dictaminó Yale; miró su reloj—. Yo tengo las cinco y diez… ¿Y tú?

—Las cinco y… Sí, más o menos.

—Ellos deberían estar ya de vuelta, ¿no?

—Quizá hubiese alguien cerca del lago, y han tenido que

esperar. No te irás a poner nervioso ahora, ¿eh?

—No… Pero preferiría que ya hubiesen vuelto, y tener la seguridad de que todo ha terminado. Voy a tomarme un *whisky*…

—Sírvame uno a mí, tío listo —dijo una voz en la puerta del *living*.

Yale acabó de levantarse del sillón de un espectacular salto, y se volvió hacia la puerta velozmente, desencajado el rostro, llevando la mano al sobaco izquierdo.

En la puerta, Oliver Molloy advirtió.

—¡Quieto, Yale, no…!

—¡Maldita sea tu ma…! —aullaba Yale.

Y como, desde luego, no parecía dispuesto a hacer caso a la advertencia del policía, éste apretó el gatillo.

Plop.

Yale lanzó un alarido al recibir la bala en el centro del pecho, dio una vuelta hacia atrás cayó de cabeza, se puso en pie, y se desplomó como fulminado tras la trágica pirueta. Fin.

Tampoco Orson Reeves estaba dispuesto a aceptar la situación, y, con aparente lógica, decidió aceptar la atención que Oliver debía prestar a Yale para aprovechar la ocasión de llevar la mejor parte en aquel ajuste de cuentas a que obligaban al policía.

Sólo tuvo un fallo.

Pequeño, a simple vista. Enorme, en realidad. Su «pequeño» fallo fue olvidar o querer ignorar que cuando un agente de Narcóticos es enviado a trabajar después de haber pasado por la Academia, esta clase de situaciones han sido ya debidamente estudiadas y ensayadas hasta que el futuro agente, está en disposición auténtica de afrontarlas…

Plop.

Este segundo disparo fue efectuado por Oliver Molloy, con la pistola de Parker, anticipándose a las intenciones de Reeves, que, al moverse, recibió la bala en un hombro. Giró, cayó de rodillas, se revolvió, llameantes los ojos, y alzó su pistola…

Plop.

Cayó hacia atrás, y se quedó con los ojos muy abiertos, contemplando el techo, quizá. Fin.

En verdad disgustado, Oliver se acercó primero a uno y luego a otro hombre. Después, miró las fotografías y la bolsa con la pistola

y el guante, que estaban sobre la mesita, junto a los cigarrillos, un par de revistas, un periódico… Encendió un cigarrillo, y se dejó caer en un sillón, desalentado.

Alzó el auricular del teléfono y comenzó a marcar un número.

* * *

—Se lo merecían —murmuró el inspector Gordon—. No debes preocuparte en absoluto por ello, Oliver.

—Legalmente, ya lo sé, señor… Pero no es agradable andar por ahí matando a la gente.

—Según a qué gente, muchacho, según a qué gente… Puedes tranquilizarte también en lo personal. Eran tipos que sólo servían para perjudicar al prójimo: contrabandistas de narcóticos y chantajistas. Auténticas joyas, vamos… ¿Cómo va esa cabeza?

Oliver Molloy se tocó con exquisito cuidado el par de enormes chichones en la parte posterior de la cabeza.

—Ya no me duelen los mecanismos, señor, pero sí en el exterior… No debí creer en ellos.

—No tenías otro remedio —aseguró Gordon—. ¿Qué hay?

La pregunta iba dirigida al conductor de la furgoneta de la Morgue, que procedente del exterior se había acercado a ellos. El hombre preguntó:

—¿Podemos marchamos ya?

—Sí, sí. ¿Han cargado también los dos del coche?

—Sí señor, claro.

—Pues eso es todo, gracias.

El empleado de la Morgue asintió, y salió de la casita en Hialeah. Dentro, quedaron Oliver Molloy, el inspector Gordon, y Flora Faith, que, envuelta todavía en la manta, miraba de unos a otros con los ojos muy abiertos.

Había estado esperando en el coche a que Oliver solventara la cuestión con Reeves, y luego, después que Molloy hubo llamado por teléfono a Gordon, la había ido a buscar…

Hacía unos minutos que había anochecido, y el policía que había dirigido la carga de los cuatro cadáveres en la furgoneta, prefirió entrar en la casa. Otro de los que habían acompañado a Gordon había ido a la quinta de Mary Faith, a recoger ropas para Flora. El tercero, Pernell, se había hecho cargo de la pistola, el silenciador y

el guante negro, para iniciar las investigaciones, que no parecían presentarse difíciles en ese sentido.

—¿Y usted, señorita Faith? —se interesó de pronto Gordon por la muchacha—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias… El señor Molloy me salvó la vida.

—Fue un salvamento mutuo —aclaró Oliver—. Ella estuvo todo el tiempo mientras duró el infernal viaje dedicada a soltarme, señor. Y no fue nada fácil, se lo aseguro. Tuvimos el tiempo justo. Ni siquiera pude empezar a soltarla a ella cuando se paró el motor del coche, y pensé que lo mejor era no hacer nada, por si en cualquier momento abrían el capó… La tiraron al agua atada de pies y manos.

Flora Faith se estremeció ante el recuerdo de las aguas cerrándose sobre su cabeza, sin poder hacer nada, hundiéndose irremediablemente hasta llegar al cenagoso fondo…

—¿Tiene frío?

—No, no, señor… Es que me acuerdo de aquello…

—Es mejor que lo olvides —murmuró Oliver—. ¿Cómo han ido todas esas investigaciones de huellas y demás, señor?

—Ah, sí… Ahora me toca a mí darte algunas explicaciones. Mmm… Vamos a empezar por la morfina que Mary Faith tenía inyectada. Desde luego, tuvo que hacerlo ella, ya que en la jeringuilla, especialmente en la cazoleta del émbolo, estaban sus huellas y ninguna más. No hay duda sobre eso. En cuanto a la bandeja del desayuno, tenía las de Lucille Faith y las del mayordomo… Todo concuerda. Otra cosa: la sangre que tan profusamente había manchado la cama en sitios que nos parecieron inverosímiles, era tan sólo de Mary Faith. En cuanto a la investigación técnica, encontraron muchísimas huellas de todos los de la casa, prácticamente.

—¿De todos los de la casa?

—Excepto las del jardinero y el chófer.

—¿Y no había huellas de nadie ajeno a la quinta?

—Ni una sola.

—Bueno… Eso parece confirmar nuestra teoría, señor: lo hizo alguien de la casa, exceptuando a Flora, naturalmente.

—¿Por qué hay que exceptuarla a ella? —susurró.

—Pues… Bueno, ya le he explicado…

—Sí, me has explicado… lo que ella te ha explicado, Oli. Seamos

consecuentes, señorita Faith —refunfuñó el inspector—: usted tiene que ser la primera en admitir que su coartada no es lo bastante sólida.

—Pero…

—Ya sé que asegura haber venido a esta casa a buscar las fotografías de chantaje, y que luego, simplemente, se quedó a dormir en la cabaña del Bali Motel. Pero, entiéndalo, eso sólo puede asegurarlo usted.

—Sin embargo, yo…

—Él tiene razón —murmuró Oliver—. Pero no te preocupes, Fifi: pronto sabremos la verdad. Pernell debe estar ya examinando las listas de las series de armas vendidas últimamente… Espero que no hayas comprado tú una pistola, o algo parecido.

—¡Claro que no!

—Pues tranquila. ¿Qué opina de ellas, señor?

Se refería a las fotografías, que Gordon estaba examinando de nuevo. El inspector de la División de Narcóticos se sofocó un instante, y se apresuró a guardarlas en el sobre, junto con los clichés.

—Opino que el mundo es un asco, muchacho. Conozco a algunas de estas personas… Gente importante, desde luego. Te pasas la vida creyendo que Fulano es un gran caballero, y de pronto lo ves en una fotografía de éstas. Y lo mismo ocurre con la señora X, que siempre te ha parecido una gran dama, y… En fin, así son las cosas. Desde luego, no me extraña que hayan estado pagando grandes cantidades por evitar que estas fotografías se divulguen… ¿Te das cuenta de una cosa, Oliver?: estamos resolviendo a la vez tres asuntos: asesinato, drogas, chantaje…

—Deberíamos pedir triple sueldo este mes —sonrió Oliver.

—La idea no es mala —sonrió también Gordon—. Mi segadora de césped está ya hecha papilla, y me he fijado en un último modelo formidable que… ¿De qué te ríes?

—Me voy a dar una vuelta por su casa cualquier día que sepa que está segando el césped, señor —siguió riendo Oliver.

—Espléndido. Así me ayudarás.

Flora Faith sonrió, por fin, y se interesó:

—¿Qué piensan hacer con esas fotografías, inspector?

—Desde luego, puede estar segura de que no las utilizaremos

para chantajear a nadie. No sé… Supongo que las quemaremos, tal como hizo usted.

—¿Por qué no lo hacen ahora mismo?

Gordon movió la cabeza, negando.

—No —dobló el sobre y se lo guardó en un bolsillo interior—. Por el momento, forman parte del caso, y debe usted comprender que de ninguna manera vamos a destruir parte de las pruebas de todo el asunto. Tengamos en cuenta una cosa: si resulta que el asesino o asesina de su tía no fue nadie de la casa, tendremos que buscarlo entre las personas que podían tener algo importante contra la señora Faith. Y esa persona puede estar muy bien en una o varias de esas fotografías. Hace falta mucho rencor para matar a una persona tan… fríamente, disparando balazo tras balazo, cometiendo un crimen que desde el primer momento nos pareció extraño por… ¡Demontres! —exclamó—. ¡Ahora recuerdo que cuando me llamaste, el forense iba a verme a mi despacho para entregarme su informe! Voy a telefonearle ahora mismo.

—Había olvidado eso —masculló Oliver—. En cuanto al forense… ¿No cree que ha tardado mucho, señor?

—Cualquiera sabe por qué. Bueno, ya nos lo dijo: quería estar bien seguro. Voy a llamar.

Alzó el auricular del teléfono, y comenzó a marcar el número. Oliver se puso en pie, farfullando:

—Voy a ponerme más agua fría en los chichones… Parece que tenga dos brasas pegadas a la cabeza.

—Y puedes dar gracias al cielo de tenerla tan dura —sonrió su hasta entonces silencioso compañero.

Fue de nuevo al cuarto de baño, abrió el grifo, y metió la cabeza bajo el chorro de agua, notando un aceptable alivio… que sabía no duraría demasiado. Luego, se secó el cabello, se peinó con cuidado, y regresó al *living*.

El inspector Gordon había colgado ya el teléfono, y estaba inmóvil, con la boca abierta, estupefacto. El agente que permanecía de pie junto a la puerta lo miraba como desconcertado. En cuanto a Flora Faith, parecía no entender nada de nada respecto a los fragmentos de conversación…

—¿Qué pasa? —inquirió Oliver—. ¿Más complicaciones, señor?

Gordon parpadeó, y lo miró, aún estupefacto.

—¿Complicaciones? No sé… El forense dice que la señora Faith ya estaba muerta cuando recibió algunos de los balazos. Por lo menos, dos de ellos, posiblemente, tres.

—Ah… Bueno, es normal, ¿no? Le dispararon cinco veces, pero el primer balazo, o el segundo, ya habían acabado con su vida. Eso sólo indica quizá ensañamiento, señor.

—No… No, no. Oli, no es eso, no es así… Me parece que no me he explicado bien. Vamos a ver: lo que el forense dice es que dos o tres de los balazos, los recibió Mary Faith cuando ya hacía bastantes minutos que estaba muerta.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Verás… ¿Recuerdas que nosotros notamos en el cadáver algo raro que no sabíamos explicarnos?

—Sí… Claro que lo recuerdo.

—Pues te diré lo que era: a pesar de la cantidad de manchas de sangre que lo salpicaban todo, por lo menos dos de esas heridas no tenían sangre… Quiero decir que no brotaba la sangre de ellas. Eran… simples agujeros en una carne ya muerta, sin circulación sanguínea. Igual que si disparásemos contra… un pastel: se hacen agujeros en él, pero no pasa nada.

Oliver Molloy se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Quiere decir que dos o tres de los balazos que recibió la señora Faith fueron disparados cuando ya hacía rato que estaba muerta?

—Exactamente. El forense asegura que los cinco balazos no fueron disparados en el mismo momento. De haber sido así, todas las heridas de la señora Faith habrían sangrado profusamente… Pero no. Dos o tres de esas heridas fueron inferidas a… carne ya muerta. Es absurdo.

—Lo parece —admitió Oliver, desconcertado—. Nosotros conocemos a toda clase de gente, pero aún no he conocido a un asesino que mate a su víctima, y vuelva luego a dispararle unos cuantos tiros más… ¿Para qué, si la víctima ya está muerta?

—¡Qué tontería! —bufó el otro policía—. Ese forense debe estar equivocado, señor.

—No, no, Kerson… Es verdad —aseguró Gordon—. Oliver y yo nos dimos cuenta de algo extraño, y la explicación del forense nos aclara nuestras dudas. Tuvo que ser como él ha dicho. Sí… Primero

la matan… y luego vuelven a dispararle más tiros.

—Pues entonces, señor, no hay duda: el asesino es un sádico. O está loco.

—A mí no me pareció que hubiera ningún loco en la quinta de Mary Faith —gruñó Oliver.

—Ni a mí —aseguró Gordon—. Demontres, esto es fantástico.

—Ese asesino tiene que estar loco, señor —insistió Kerson.

El inspector Gordon fue a decir algo, pero, en aquel momento, afuera se oyó el frenazo de un coche. Kerson se acercó a la ventana.

—Es Crosby, señor, con un paquete. Las ropas de la señorita Faith, supongo.

En efecto, el recién llegado en el coche de Flora Faith era el agente Crosby, que entregó el paquete a la muchacha, la cual se apresuró a encerrarse en uno de los dormitorios para vestirse. Mientras tanto, Gordon, Molloy y Kerson permanecían perplejos, con el ceño fruncido. Crosby miró de uno a otro, también perplejo.

—Bueno… ¿qué es lo que pasa?

—Ssst… —pidió silencio Kerson—: estamos pensando.

—Pensando… ¿en qué?

—¿Qué piensas de esto, Crosby? —murmuró Oliver—. Una persona que… No. Te lo expondré de otro modo. Supongamos que tú vas a una casa, asesinas a una persona que está en la cama…

—Fea suposición. ¿Qué más?

—Sí… Supongamos que has hecho eso. Disparas un par de tiros, la matas… ¿Volverías luego, quizá media hora más tarde, a dispararle dos o tres tiros más?

—¿A la misma persona? —Se pasmó Crosby.

—Sí, sí, a la misma persona.

—Bueno… Oye, mira: que me supongas un asesino, pase… Pero que me llames imbécil, ya no me gusta tanto.

—Pues el asesino de la señora Faith debe ser un imbécil.

—¿Quieres decir que volvió a dispararle tiempo después de haberla matado?

—Exactamente —susurró Oliver—. A menos… Oh, es una tontería, claro. Iba a decir que sólo volvería si tenía dudas sobre la muerte de la víctima, pero es una tontería, sí… Era mucho más práctico asegurarse en aquel mismo momento, después de los dos o tres primeros disparos. ¡Por todos los demonios, eso es una

majadería! Si a una persona…

Flora Faith reapareció en el *living*, ya vestida.

—Estoy lista —dijo—. Podemos marcharnos cuando quieran.

Todos la miraron como si no la viesen en realidad. De pronto, Gordon se dirigió hacia la puerta.

—Iremos todos a su casa, señorita Faith. Usted y Oliver pueden ir en su coche.

—Oh, muy bien…

—Pero Pernell dijo que llamaría aquí, señor —recordó Kerson.

—No importa. Cuando este teléfono no conteste, se las arreglará para localizarnos. No es ningún tonto.

CAPÍTULO X

En efecto, Pernell Spencer no era ningún tonto… No sólo los localizó, sino que se adelantó a ellos. Fue la primera persona que vieron al llegar ante la columnata de la quinta. Acudió a su encuentro, explicando a Gordon:

—Llamé a la casa de Reeves, y luego a la Delegación, señor. Al no conseguir nada, pensé que podría encontrarlo aquí.

—Espléndido, Pernell. ¿Has conseguido algo?

—Sí, señor.

—Bien… Vamos al despacho de la señora Faith a charlar. Usted, señorita Faith, puede reunirse con sus primos. Y por favor, no haga ningún comentario sobre lo que ha estado oyendo. Mmm… Crosby, ve tú también al *living* con esos muchachos.

—¿No se fía de mí? —sonrió tristemente Flora Faith.

—Vamos, vamos, Fifi, no discutas —refunfuñó Oliver.

—Como tú mandes, señor Molloy.

Kerson emitió una risita, y Crosby, sonriendo, se fue hacia el *living* con la muchacha. Gordon, Molloy, Spencer y Kerson se encerraron en el despacho de la asesinada señora Faith.

—Muy bien, Pernell: ¿sabes ya quien compró el arma?

—Sí, señor. Estaba en la lista de presentación obligatoria a la policía, como suponíamos. El número de la serie fue localizado en seguida. Tanto la pistola como el silenciador eran nuevos, y fueron vendidos hace un par de semanas…

—¿Y el guante? —se interesó Oliver.

—No me he preocupado por el guante en lo más mínimo —sonrió Pernell Spencer.

—¿Y por qué? —Frunció el ceño Gordon.

—Bueno, señor… ¿No quiere saber quién compró la pistola y el

silenciador?

—Claro que sí. Dinos el nombre.

—Es que… son dos nombres.

—¿Dos nombres?

—Así es, señor.

—Oye, tú —refunfuñó Oliver—, déjate de piruetas verbales y al grano, que la cosa no está para acertijos. ¿Qué nombres son ésos?

—Archie Myrick y Tommy Braden. Archie Myrick compró la pistola y Tommy Braden, el silenciador, en una tienda distinta.

Un silencio de tumba se hizo en el despacho de la asesinada Mary Faith. Todos miraban al triunfal Pernell, que sonreía secamente.

—¿Dos asesinos? —susurró por fin Gordon.

Oliver lanzó una exclamación.

—¡Eso explicaría lo de las heridas producidas cuando la señora Faith ya estaba muerta, señor!

—¿Primero uno y luego otro? Es absurdo, Oliver. Además, eso implicaría una alianza entre ellos que…

—Caramba, señor, usted olvida las características de la señora Faith: drogadicta, chantajista, cruel con sus sobrinos… A Flora Faith la obligaba a tocar el violín a sabiendas de que la muchacha prefería un taller para arreglar motores… A Roscoe Faith lo llamaba «mi bufón jorobado» y le decía que hiciese piruetas para que ella se riese. A Wanda Faith, le quitó el novio, convirtiéndolo en su «gigoló» particular, con lo que demostró ser una desaprensiva formidable, carente de escrúpulos y de moral. A Archie Myrick, lo llamaba de imbécil para arriba, y le decía que era un híbrido de gata y pato. A Tommy Braden y a Lucille Faith, que se quieren, les había prohibido ese amor, amenazándolos con enviarlos a uno a Alaska, y al otro a la Patagonia, o algo así…, o bien, desheredarlos si los volvía a ver besándose. Por todo lo que sabemos, esa mujer era lo que decían de ella Orson Reeves y su gente: una bruja malvada, una sádica bruja carente de moral y de respeto al prójimo, que quería gobernarlos a todos, que los humillaba utilizando su dinero… Y lo del chantaje a amigos suyos, personas que debían confiar en ella, que posiblemente le contaban sus cosas. Por último, era una viciosa capaz de asociarse con gente de la calaña de Reeves…

—Cáscaras —comentó Kerson—. ¡Hasta yo haría una alianza con cualquiera para eliminar un bicho así, señor! ¡Y aun creo que dos personas son pocas para matar a semejante monstruo!

—Quizá tengáis razón —admitió Gordon—. A fin de cuentas, la complicidad entre dos personas no es nada que deba sorprendernos. Compraron la pistola, el silenciador, unos guantes… La mataron, enterraron el arma esperando el momento oportuno, y… Sí. ¿Por qué no? Dos personas pueden…

—Un momento, señor —cortó Oliver, con voz tensa, con los ojos casi desorbitados—. ¿Por qué dos personas?

—¿Cómo?

—Mary Faith recibió cinco balazos… ¿No es así?

—Sí, desde luego.

—Cinco balazos… Cinco sobrinos en la casa… ¿No le dice nada eso, señor?

Durante un par de segundos, pareció que no, que eso no le decía nada al inspector; ni a Pernell, ni a Kerson. Pero luego, los tres reaccionaron a la vez: Kerson se atragantó con el humo del cigarrillo, Pernell dio un bote, y Gordon lanzó una exclamación…

—¡Por Dios bendito! —aulló—. ¡No es posible!

—Cinco balazos —machacó Oliver—: Cinco sobrinos humillados, sin duda alguna llenos de rencor, de odio incluso…

—Pe… pe… pero… los sobrinos son seis en total —tartamudeó Kerson.

—Flora no estaba en la casa.

—Es inaudito —jadeó Pernell—. ¡Inaudito!

—Todo lo que queráis —insistió Oliver—. Pero eso es lo que yo pienso que le ocurrió a la «pobrecita» señora Faith.

El inspector Gordon suspiró profundamente.

—Kerson, ve a reunir en el *living* a todos los de la casa. A todos. Y ni una palabra sobre esto.

—Naturalmente, señor.

Cinco minutos más tarde, cuando Gordon, Oliver y Pernell entraron en el *living*, todos estaban allí: los agentes Kerson y Crosby, Elvis Leeper, la rolliza Susan Passet, el jardinero Joe Craig, el chófer Al Rumsey, y los seis sobrinos de la víctima: Wanda Faith, Lucille Faith, Roscoe Faith, Archie Myrick, Tommy Braden, y naturalmente, Flora Faith, que miraba con los ojos muy abiertos al «señor Molloy».

El silencio era impresionante.

El inspector Gordon fue a sentarse en un sillón, y, con la cabeza baja, sin mirar a nadie, musitó:

—Tenemos ya al asesino.

Nadie hizo el menor comentario, por el momento. El inspector alzó la cabeza, y miró a Archie Myrick, que sonrió, crispado.

—¿Soy yo? —murmuró.

—Por lo menos, señor Myrick, usted compró la pistola… ¿No es así?

—Sí… Es cierto: yo la maté.

Los criados y Flora Faith lanzaron una exclamación de asombro, de espanto…

—Es posible —admitió Gordon—. Pero no solo. Sabemos que el señor Braden compró el silenciador. De donde se desprende que es su cómplice. Cada uno compró una cosa, mataron a su tía, y luego escondieron el arma en el jardín, para no alejarse de la casa. Debieron correr ese riesgo. O, al menos, debieron limar el número de serie de la pistola y el silenciador.

—No se nos ocurrió —sonrió, también crispado, Tommy Braden —. Pero ya no tiene remedio… Tiene usted razón: yo la maté, inspector.

—¿Usted? Bueno, querrá decir que lo hicieron los dos. Aunque debo advertirte que el que disparó primero es el auténtico asesino, ya que los demás balazos…

—Yo disparé primero —dijo de pronto Lucille Faith.

—No, no, inspector —se adelantó Tommy Braden—. Fui yo.

—Mentira —exclamó el feo Roscoe Faith—. ¡Yo fui quien disparó primero! ¡Me tocó a mí!

—Dejaros de tonterías —dijo Archie Myrick—. Yo fui el que disparó la primera vez.

—Nada de eso —negó Wanda Faith—. Todos sabéis muy bien que la primera en disparar fui yo.

—Vamos, anda —refunfuñó Roscoe—, es inútil que intentes protegerme. Sabes que fui yo.

—Fui yo —aseguró Lucille Faith.

—No la crean: fui yo —dijo con no menos seguridad Archie Myrick.

—¿Por qué tenéis que cargar con mi culpa? —protestó Tommy

Braden—. ¡Fui yo, lo sabéis perfectamente!

—¡Fui yo! —exclamó Lucille Faith.

—¡Fui yo! —gritó aún más Wanda Faith.

—¡Yo la maté! —aulló Roscoe Faith.

—¡Yo fui, yo…! —gritó más que nadie Archie Myrick.

Los criados, Flora Faith, y los hombres de Narcóticos miraban de uno a otro, atónitos y aterrados. La discusión para cargar con el «mérito» del asesinato de Mary Faith fue tomando proporciones gigantescas. Todos gritaban, todos querían haber sido el primero en disparar, el asesino de la señora Faith…

Por fin, el inspector Gordon enrojeció, y su voz se oyó por encima de todas.

—¡SILENCIO! —ordenó—, ¡SILENCIO TODOS!

Brusco y total silencio en el *living* de la suntuosa quinta de Mary Faith. Todas las miradas fijas en Gordon, que volvió a suspirar, se tomó unos segundos para normalizar su estado de ánimo y su voz, y, por fin, pudo hablar con cierto sosiego:

—La actitud de ustedes resulta altamente interesante. Parece que no va a ser fácil saber quién mató en realidad a la señora Faith, pero lo que resulta indudable es que fueron… los cinco. ¿De acuerdo? Ahora, en bien de los demás, sería conveniente que el verdadero culpable, el primero en…

—Fui yo, inspector —dijo Tommy Braden.

—Fui yo —dijo inmediatamente Lucille Faith.

—Fui yo —dijo Roscoe Faith.

—Fui yo —dijo Wanda Faith.

—Fui yo —dijo Archie Myrick.

—A este paso, hasta creeré que fui yo —masculló Oliver—. ¿Por qué no se muestran razonables? Es uno solo el que tiene que pagar su culpa, no todos. Cada cual tendrá un castigo de acuerdo a su responsabilidad directa, pero el asesino…

—Fui yo —dijo Wanda.

—Fui yo —dijo Roscoe.

—Fui…

—¡Al demonio! —explotó Oliver—. ¡Cállense todos! Perdón, señor, no quería…

—Yo también estoy empezando a ponerme nervioso —aceptó la disculpa, Gordon—, no te preocupes. Miren, pensamos que es mejor

que nos lo expliquen todo cada uno de ustedes, y así, nosotros podremos juzgar. Sí, creo que es lo mejor. Cada uno de ustedes dirá lo que hizo y cómo lo hizo, y…

—Todos hicimos lo mismo —dijo Roscoe Faith, sonriendo.

—¿Qué?

—Que todos hicimos exactamente lo mismo —sonrió también Wanda Faith—. Y aquí, inspector, nadie más que el que primero disparó sabe que él fue quien lo hizo. Pero los otros cuatro no vamos a aceptar que sea él quien vaya a juicio, así que estaremos todo el tiempo que sea necesario diciendo cada uno que fuimos el primero en disparar.

—¿Qué quiere decir con eso de que sólo el que disparó sabe que él fue quien lo hizo en primer lugar?

—Me refiero al que le tocó las doce de la noche.

—Señorita Faith: ¿sería tan amable de explicármelo… de modo que todos lo entendamos?

—Con mucho gusto. Lo primero es asegurarle que Fifi no ha tenido nada que ver con esto. Sabíamos que ella no habría aceptado. De modo que estuvimos preparándolo nosotros cinco, cada uno aportando su parte del concienzudo plan a espaldas de ella. No se enteró de nada. Por fin, hace unos días, compramos los guantes, la pistola y el silenciador… Y la bolsa de plástico. Sabíamos que Joe y Al, que cobran a mediados de mes, eran aficionados a gastar el dinero los primeros días después del cobro, que salían a divertirse, y… alentamos esa disposición de ellos. En cuanto a Elvis y Susan… Bueno, sabíamos que ellos no se enterarían de nada, ya que… suelen estar muy ocupados. Sólo quedaba Flora. Teníamos que encontrar el modo de… anularla la noche conveniente, así que empezamos a pensar en narcotizarla para que no se enterase de nada… Pero, con gran alegría por nuestra parte, ayer tarde se fue, diciendo que volvería al día siguiente… Así que decidimos no esperar más, y…

* * *

—Bueno —dijo Roscoe—. Los papelitos con los horarios están listos ya. Wanda, trae ese cenicero grande, por favor.

Wanda obedeció, colocando el cenicero en la mesita de centro del *living*. Roscoe mostró los papelitos doblados, y los dejó caer en

el cenicero.

—Todo entendido, ¿eh? —recordó—. Cada uno de nosotros va a coger un papelito, en el cual verá apuntada la hora en que debe hacerlo. He concedido un cuarto de hora de margen a cada uno de modo que en un papel he escrito las doce en punto, en otro las doce y cuarto, en otro las doce y media, en otro las doce cuarenta y cinco, en otro la una… Es decir, que cada uno tenemos una hora diferente. Cada uno, vamos a tomar un papel, miraremos la hora que nos corresponde, y volveremos a dejar el papel en el cenicero. Ya.

Wanda tomó un papel, y Roscoe otro. Lo mismo hicieron Lucille, Tommy y Archie. Miraron sus papeles, volvieron a doblarlos sin el menor comentario, y los dejaron de nuevo en el cenicero. Archie aplicó al montoncito de papeles la llama de su encendedor, y unos segundos después, sólo quedaban unas pocas cenizas, que fueron machacadas por Archie con el mismo encendedor. Luego, los cinco se fueron a la cocina, vaciaron el cenicero en el triturador de basuras, lo lavaron, lo secaron, volvieron al *living* y lo dejaron en su sitio.

—La mala bestia está ya en su dormitorio, seguramente inyectándose esa porquería —susurró Archie—. Al subir, dejaremos la pistola, el guante y la bolsa de plástico en la pequeña consola… La pistola bien limpia de cualquier huella. Nos retiraremos cada uno a nuestro dormitorio, y nos acostaremos… Desde arriba se oyen las campanadas del reloj del vestíbulo… Cuando suenen las doce, el que tiene ese horario saldrá de su dormitorio, irá a la consola, se pondrá el guante, tomará la pistola, entrará en el dormitorio de la bestia, y disparará contra ella… Ya hemos practicado eso, no podemos fallar. Un solo disparo cada uno, pero certero, no podemos fallar después de las prácticas en el salón de tiro… Después de efectuado el disparo, cada uno volverá a dejar la pistola y el guante en la consola, menos el último, que saldrá al jardín, enterrará la pistola y el guante dentro de la bolsa, y volverá a la cama… Eso es todo. Dentro de algún tiempo, desenterraremos la pistola, la meteremos dentro de una caja con cemento fresco, y cuando se haya solidificado, lo tiraremos al mar, en el lugar profundo que también hemos elegido. Jamás hablaremos de esto, nunca dirá nadie «yo tenía tal hora o cual hora»… Jamás. El que sepa que ha

sido el primero en disparar, que se lo calle, pues es el que más interés debe tener en ello. Pero, queda bien claro, la habremos matado todos. ¿Está claro? ¿Alguna duda?

No hubo ninguna duda. Y durante unos segundos estuvieron mirándose en silencio, un poco sobrecogidos.

Lucille se puso en pie.

—Buenas noches —dijo—. Me voy a acostar.

—Yo también —dijo Wanda.

—Nosotros podríamos tomar una copa —propuso Archie—: ¿Qué os parece?

—Sólo son las once —dijo Roscoe—. Buena idea. Oye, Tommy, ¿cómo te va aquel asunto del campeonato de pesca?

—Oh, bien… Tenemos solamente dos salidas más para puntuar. No estoy mal calificado.

—Adiós, muchachos —sonrió Wanda.

—Adiós… Que descanséis —deseó Archie—. No sé cómo te divierte eso de la pesca, Tommy. A mí me parece una tontería.

—Bueno, son gustos. No me digas que no es más tontería coleccionar tapones, como hace Roscoe.

—Todo tiene su encanto, no creáis —sonrió Roscoe—. ¿Con hielo?

—Sí, hombre, claro…

* * *

Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang… Dang…

Todavía estaba sonando la duodécima campanada en la silenciosa casa cuando la puerta de uno de los dormitorios se abrió, y una persona salió al amplio pasillo. Sin la menor vacilación, fue hacia la consola, tanteó, encontró el guante, y se lo puso. Luego, empuñó la pistola, y caminó hasta una puerta… La abrió, entró en aquel dormitorio, y encendió la luz. En la grandiosa cama hubo como un rumor, la ropa fue apartada, y el feo rostro de Mary Faith se alzó al sentarse ésta, que comenzó a mostrar su cólera con uno de sus clásicos gestos…

Plop, chascó el amortiguado disparo.

La luz fue apagada, el visitante salió, la puerta fue cerrada. La pistola y el guante fueron dejados sobre la consola… Segundos

después, la puerta del dormitorio se cerraba tras la persona.

* * *

Ding-dang-donggg… avisó el cuarto el reloj del vestíbulo.

Una puerta se abrió, y una persona salió al pasillo. Fue a la consola, se puso el guante, entró en el dormitorio de Mary Faith y encendió la luz…

Plop.

* * *

Ding-dang-dong… Ding-dang-dongg… avisó la media hora el lujoso reloj del vestíbulo de la quinta.

Se abrió una puerta, y del dormitorio salió una persona. Fue a la consola, se puso el guante, empuñó la pistola, entró en el dormitorio de Mary Faith, encendió la luz…

Plop.

* * *

Ding-dang-dong… Ding-dang-dong… Ding-dang-donggg… sonó el fastuoso reloj avisando los tres cuartos.

Se abrió una puerta del pasillo.

Plop.

Segundos después se cerraba la misma puerta del pasillo, acogiendo al ocupante del dormitorio.

* * *

DANG…

La una.

Una puerta de las que daban al pasillo se abrió, y salió una persona a éste. Fue a la consola, se puso el guante, tomó la pistola, entró en el cuarto de Mary Faith, encendió la luz.

Plop.

La luz fue apagada, la persona salió, cerró la puerta… Fue a la consola, metió dentro de la bolsa de plástico la pistola y el guante, y bajó sigilosamente la gran escalinata. Abajo, tomó de encima de

una banqueta unos periódicos, se envolvió los pies con ellos, y, dejando las zapatillas dentro de la casa, salió al jardín. Regresó cinco minutos más tarde, se puso las zapatillas, llevó los periódicos al triturador de basuras, se aseguró de que desaparecían, y volvió escaleras arriba…

* * *

El silencio que siguió a las últimas palabras de Wanda Faith fue verdaderamente notable. El silencio y la inmovilidad de todos les personajes. De pronto, Roscoe se acercó a su prima, le ofreció un cigarrillo, y se lo encendió.

Flora Faith estaba aterrada.

Y los hombres de Narcóticos, petrificados.

Archie Myrick, preguntó:

—¿Qué piensan hacer ustedes, inspector?

—¿Nosotros? Bueno, es una situación… increíble. ¿Están seguros de que su actitud no va a cambiar?

—Segurísimos —apoyó Lucille Faith.

—En tal caso, deberé detenerlos a todos. Tal como están las cosas, aquí termina el trabajo del DN. Nosotros no tenemos que juzgar a nadie, sino detener al asesino… o a los asesinos.

—No podrán condenarnos a los cinco —sonrió Roscoe.

—Desde luego que no.

—Lo sabemos perfectamente.

—Bien… Como les digo, en cuanto los pongamos en manos del fiscal, nuestro trabajo habrá terminado, salvo pequeñas intervenciones como testigos… Por lo demás, no quisiera estar en el pellejo de los jurados que tengan que dar su voto. No… No creo que condenen a ninguno de ustedes a la máxima pena, si insisten en declararse todos culpables. Y mucho menos podrán condenar a cuatro para asegurarse de que es sentenciado el quinto… De todos modos, una cosa sí es segura: todos ustedes irán a parar a la cárcel.

—Pero saldremos, más pronto o más tarde —dijo Roscoe.

—Y podremos vivir sin esa bestia —añadió Lucille.

—Ya no ofenderá a nadie más —susurró Tommy.

—Ni obligará a nadie a lavar coches teniendo chófer, eso es seguro —deslizó Archie Myrick.

—Y de todos modos, inspector —terminó Wanda Faith—, nos

pase lo que nos pase, habrá valido la pena.

ESTE ES EL FINAL

—Buenos días, señor —se acercó el mecánico del formidable taller de reparaciones—. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera ver a la propietaria —masculló Oliver Molloy.

—Ah… Sí, entiendo —el hombre dirigió una calculadora mirada al coche del policía—. ¿Qué le pasa a su auto?

—A mi auto no le pasa nada. Funciona perfectamente. Sólo quiero ver a la propietaria. ¿Hablo en chino?

—No, señor —se amoscó el mecánico—. La propietaria está ocupada ahora.

—Dígale que…

—Yo tampoco hablo en chino, señor —sonrió el mecánico—. De modo que…

—Oiga, amigo —adelantó Oliver su agresiva barbilla—. Vamos a dejar en paz a los chinos, y vayamos a lo nuestro. Quiero ver a la propietaria, y me estoy empezando a preguntar si usted tiene agallas para impedírmelo.

El mecánico miró aquella barbilla, los ojos acerados, los revueltos cabellos, la expresión de malas pulgas en aquel rostro anguloso… y tragó saliva.

—Venga, por favor.

—Ajajá.

Se adentraron en el taller, el mecánico miró a todos lados y se volvió al oír el poderoso rugido de un motor.

Señaló hacia el coche que tenía el capó alzado, permitiendo al mecánico de «mono» blanco meter la cabeza en el motor. Fueron allá, y el hombre tocó en un hombro al mecánico del «mono»

blanco.

—Señorita… Señorita, la buscan.

—¡No estoy! —gritó Flora Faith.

—Es que… la persona que la busca está aquí, conmigo…

Flora Faith se irguió, y se volvió, con el ceño fruncido, sosteniendo en sus manos enguantadas un destornillador.

—Cuando yo digo que… ¡Señor Molloy!

—¿Sorprendida? —rechinó la voz de Oliver.

—Pues… Eee… No, no. ¡Oh! ¿Ya es la hora?

Oliver Molloy mostró por un instante, en su rostro, algo parecido a una tormenta. Pero se calmó de pronto, y sonrió, como recordando algo muy divertido.

—En efecto —dijo melosamente—. Ya es la hora. Vamos, eso suponiendo que mi reloj vaya con cierta exactitud —lo miró—. Sí, señor, las once de la mañana; la hora en que tenemos que casarnos. ¿O me equivoco, señorita Faith?

—No, no, señor Molloy… ¡Oh, vamos, no seas tonto! Estoy lista en un segundo.

Se quitó los guantes y luego el «mono» mostrando así un corto vestidito elegantísimo y sugestivo.

—¡Caracoles! —exclamó Oliver.

—¿Te gusta?

—Me gustaría más si no me olvidases a cambio de un motor.

—Oh, es que tenía unos minutos y…

—Ya me darás explicaciones en el coche. El jefe y los demás nos están esperando —la tomó y tiró de ella hacia la salida—. Y quiero advertirte algo, señorita Faith: yo quiero ser atendido antes y con más frecuencia que los motores… ¿Está bien claro?

—Sí, señor Molloy.

—Y deja de llamarme señor Molloy. Vamos, entra en mi coche. Y no se te ocurra hacer el menor comentario sobre si mi motor ratea, zumba o canta… —Fifi había entrado ya en el coche y Oliver hizo lo mismo, colocándose ante el volante—. Así que vamos a dejar las cosas bien claras: tú puedes seguir con tus motores y cosas así mientras yo esté trabajando, pero nada más… ¿De acuerdo?

—Sí, señ… Sí, querido.

—Bueno. Oh, un momento —se volvió hacia el asiento de atrás, y tomó una gran caja que puso en las manos de Flora—. Esto es

para ti.

Flora lanzó un gritito, deshizo el paquete… y palideció al abrir la caja. Se quedó mirando, aterrada, el estuche de violín.

—Oh, Oliver —gimió—. ¡No!

—Piénsalo bien —gruñó él policía—. Si no me obedeces en nuestro pacto, te obligaré a seguir estudiando el violín.

—No… No, por Dios, no… ¡Eso no! Oliver haré lo que quieras, vendré aquí sólo de cuando en cuando. Te… te cuidaré, te mimaré. ¡Haré siempre lo que tú quieras!

—Estupendo. —Oliver se frotó las manos—. Bueno, ahora abre el estuche de una vez.

—No, Oliver… ¡No quiero ni verlo, no quiero!

—¡Te ordeno que abras el estuche!

—Sí… Sí, en seguida, sí.

Flora Faith abrió el estuche, con el gesto de quien espera ver lo más repulsivo del mundo. Pero se quedó boquiabierta, miró a Oliver, sonrió, volvió a mirar el ramo de flores que contenía el estuche y lo sacó, oliéndolas.

—Oh, Oliver… —gimió dulcemente.

—Oh, narices —gruñó el policía—. Por esta vez, son flores. Pero la próxima vez será un violín de verdad, si das lugar a ello; y si reincides, lo que meteré en ese estuche será una metralleta como hacían los antiguos gangsters, y llenaré de balas tu taller. Yo creo que no se puede hablar más claro.

—Son preciosas.

—Esto… Yo… Bueno, tú también estás preciosa, y… ¡Que nos están esperando!

Quiso poner el coche en marcha, pero Flora Faith se abrazó a él, con las flores entre ambos. Cerró los ojos y entreabrió los labios, susurrando:

—Que esperen… un poco… más…, señor… Molloy…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Precio en España: 25 ptas.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…